LA ILUSTRACION,

PERIODICO UNIVERSAL.

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 251.—SÁBADO 17 DE DICIEMBRE DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y estranjero: Año 80.

RIFA A FAVOR DE LA INCLUSA.

Hace algunos años que varias de las principales damas de la corte tuvieron el feliz pensamiento de establecer en Madrid rifas de objetos de todas clases, con el fin de aplicar los productos á la beneficencia: á pesar de que esta idea era tan nueva entre nosotros como comun en el estranjero, desde luego fué aceptada, como lo son siempre en nuestra capital todos los proyectos filantrópicos; desde el primer año los salones de la Trinidad se vieron concurridísimos: no hubo señora que no acudiera al primer llamamiento á tomar parte en las operaciones de la rifa; todas las clases contribuyeron á ella; los productos fueron considerables, y las rifas vinieron á quedarse definitivamente establecidas. En la presente página damos una vista de la correspondiente á este año, mas brillante por cierto que la anterior, y es de esperar que cada año aumente su importancia.

INDUSTRIA.

NATURALEZA Y OPERACIONES DE LOS GUSANOS DE SEDA.

Precioso insecto es el gusano de seda, y su uso se lo apropió el hombre en la China, cerca de 2,700 años antes de la era cristiana. Pasó después de este país á la India y á Persia el arte de criarlo; á principios del siglo XVI llevaron dos frailes algunos huevos de gusanos á Constantinopla, y derramaron instrucciones acerca del modo de criar esta especie de orugas. Nuevo manantial de riquezas para los pueblos de Europa llegaron á ser aquellas primeras nociones bajo el emperador Justiniano, que derramándose desde Grecia en Sicilia, y luego en toda Italia, acabaron por penetrar en Francia después del reinado de Carlos VIII. A su vuelta de la conquista de Nápoles, introdujeron unos señores franceses en el *Delfinado* la morera y los gusanos de seda; mas los resultados correspondieron en poco á sus esperanzas. Un hortelano de Nimes, llamado Trancat, fué el primero que formó una semillera de moreras con éxito tal, que en pocos años fecundizó para cultivarlas en todas las provincias meridionales francesas. De Italia tambien pasó á España, y en el reino de Valencia particularmente prosperó su cria con asombro de sus rivales.

El gusano de seda, como todos los insectos de la misma especie, está sujeto á cuatro metamórfosis. Huevo es en un principio abierto por el calor de la primavera bajo la forma de una oruga, la cual engrandeciéndose cambia de piel tres ó cuatro veces, segun la variedad del insecto. Llegando ya esta oruga al mayor grado de su desarrollo en 15 dias, cesa de comer hasta el fin de su vida. Despréndese entonces de su materia hilando en derredor un capullo ó nido ó valo, para guarecerse de sus enemigos y de toda impresion esterior: dentro del capullo se cambia después en *chrysalida* ó ninfa. Embozado así el insecto, queda en este estado hecho una especie de momia durante quince ó veinte dias. Sale en seguida de su embozo, y vuelve al mundo provisto de alas, antenas y piés. Macho y hembra se convierten entonces en mariposas, copulan bajo el nombre genérico de *bombyx mori*, y terminan con la muerte su breve union, despues de unos dos meses de existencia.

Los huevos de gusano de seda, conocidos por *granados*, estan cubiertos de un licor que los pega al pedazo de tela ó papel en que los depone la hembra. Despéganse sumiéndolos en agua fria, y se las seca después. Para conservarlos es preciso ponerlos á una temperatura de 54° á 59° de Tahrenheit (10° á 12° de Reaumur), y de ningun modo esponerlos á los calores de la primavera cuando empiezan á hacerse sentir, porque se haria la incubacion antes que los primeros brotes de la morera pudiesen alimentar á las nacientes orugas. Debe diferirse tanto mas esta época, cuanto los huevos se abren al mismo tiempo, ó al menos en sucesivas nidadas, segun la estension del establecimiento en que se crian. Las mujeres meridionales francesas los suspenden de sus cinturas, en el dia, y los posan de noche bajo de sus almohadas; es fuerza examinarlos de cuando en cuando; pero es mas costumbre el meterlos en un horno á la temperatura gradualmente hasta 80° de Tahrenheit (22° de Réaumur), en la cual se deben mantener, y la naturaleza acaba el trabajo en ocho ó diez dias. Cúbreseles entonces con una hoja de papel agujereado, de cerca una línea de diámetro y á su través trepan los gusanos por instinto, para ir á buscar las hojas de morera colocadas encima de ellos.

Si las hojas estan cargadas de gusanos, se les trasporta á un zarzo de mimbre cubierto de papel pardo, y en el espacio de 48 á 72 horas deben estar abiertos todos los huevos: el local en que se crian los gusanos de seda es preciso que esté bien ventilado, y al abrigo de la humedad, del frio, del esceso de calor, de los ratones y otra cualquiera polilla. Para cada 21 onzas de grano debe el cuarto tener 33 piés de ancho y 80 de largo, y estar provisto de caloríferos y ventiladores, y las ventanas con sus vidrieras: tampoco puede bajar del 66 Tahr. (15 Reaum.) su temperatura, y sí subir hasta el 92 T. (28 R.) si se quiere; pero la regular es de 68 á 86 T. (17 á 25 R.) Preciso es tambien que haya de continuo comunicacion de aire para arrojar las emanaciones fétidas de las orugas, de sus escrementos y de las hojas podridas. Algunos han creido que era poco favorable la luz á los gusanos de seda, y muy al contrario debe mirarse como muy ventajosa á su cria. De las diferentes estancias que se forman en el establecimiento, se destina una que sirva de hospital para los gusanos enfermos.

Después de la segunda muda, deben trasportarse á otro local mas espacioso, y en este se crian hasta su total madurez Fuerza es limpiarlos entonces, y colocarlos encima de hojas de morera, cortadas en pequeños pedazos, como alimento que se les da sucesivamente de seis en seis horas.

Después de la tercera muda, pueden ya comer hojas enteras; porque son sumamente voraces, y es bueno satisfacer su apetito. Lo mismo se hace en el período que sigue á la cuarta muda. El calor debe limitarse entonces á 68 ó 70 T. (16 á 17 R.)

A cada época de su existencia, estan muy propensos los gusanos de seda á varias enfermedades, durante las cuales bueno es echar un poco de cloruro de cal en sus estancias. Al llegar á su quinto estado, cesan de comer y se vacian: disminuye su gordura; vuélvense semitrasparentes, abandonan las hojas, trepan por su estancia, y se retiran á un rincon: señal es esta que quieren empezar á hilar, y se les pone sobre las tablillas de mimbre, pimpollo de brezoginesta, carrasca, en pequeñas avenidas de 18 pulgadas de ancho, con sus ramos entrelazados por encima. Colócanse tambien alcatraces ó cucuruchos, virutas de carpintero y mazorcas de grama á los gusanos mas diligentse y mas tarde á los perezosos; y entonces empieza el insecto á construir su capullo, estendiendo su hilo en diferentes sentidos y de esta manera forma la atanquía ó tela. Pero pasa luego á hilar otra seda mas fina en hilos casi paralelos, y en la forma de un huevo, en medio del cual sigue trabajando.

La materia sedosa es líquida en el cuerpo del gusano; pero puesta al aire se endurece. Los hilamentos gemelos que hila el insecto al través de los dos orificios de su boca, se pegan por el contacto y quedan uno solo. Puédese estraer del gusano esta materia en masa y sacarla en tejido trasparente ó en hilos de diferentes diámetros. A los cuatro ó cinco dias, concluidos ya los capullos, se les quita de las ramas, y se reservan los mejores para trabajar el *granado*: estos últimos se desarrollan y se vuelven mariposas á los 18 ó 20 dias. Así se les coloca en pedazos de lana, donde copulan y hacen los huevos.

Los capullos para hilar no deben tener vivos los gusanos: es necesario matarlos por la sufocacion, esponiéndolos durante cinco dias al sol, ó al vapor del agua hirviendo. Basta para matarlos de una temperatura de 202 T. (76 R.)

Vista del salon de la rifa á beneficio de la Inclusa.

2009 Ministerio de Cultura

NAVEGACION É INTERESES MARÍTIMOS.

La sociedad trasatlántica de barcos de vapor de tornillo en Dieppe ha formado un contrato con los señores Mare y compañía en Blackwell para la construccion de 12 vapores de tornillo de 1200 toneladas, y con una fuerza de 240 caballos. Estas embarcaciones estan destinadas al servicio de correos entre Francia, Rio La Plata, Brasil, las colonias francesas en la India Occidental y los Estados Unidos del Norte América.

—La flota mercante de los Estados Unidos es en el dia mas considerable y numerosa que la inglesa. El total de toneladas de la primera ascendió á fines del año próximo pasado á cuatro millones, mientras que la segunda solo contaba con tres millones. Hace siete años fué el tonelaje en Londres considerablemente mayor que el de Nueva York; pero el correspondiente al año de 1852 de esta plaza subió á mas de un millon, mientras que el número de toneladas en Londres ascendió solamente á 682,000 y el de Liverpool á 636,000.

El buque ingles *Investigador*, que espresamente habilitado al efecto habia salido en busca de la espedicion de *John Franklin*, y por cuyo paradero se habian concebido ya grandes recelos, se halla segun noticias traidas por el *Fénix* en puerto de salvacion. Al propio tiempo sábese por el mismo conducto que por fin se ha podido descubrir una travesía en direccion *nord-oeste*, objeto y cometido mas especial de las últimas espediciones enviadas por el gobierno inglés al Septentrion. Pero de *Franklin* y sus barcos espedicionarios no se ha podido encontrar la mas ligera huella ni vestigio, que ofreciera algun remoto indicio de la suerte que pudo haberles cabido.

—En los puertos de la Gran Bretaña *Koolwich*, *Sheernes*, *Portsmouth*, *Devonport* y *Cork* han llegado á reunirse en estos últimos tiempos 48 buques de guerra con 11,906 marinos, 4500 soldados de marina, 500 hombres de guarda-costas, y 7820 obreros en los diferentes arsenales y puertos militarmente organizados.

Inglaterra tiene 72 navíos de línea, 81 fragatas y 85 buques pequeños.

Francia, 45 navíos de línea, 157 fragatas y 45 buques pequeños.

Rusia, 41 navíos de línea, 99 fragatas y 10 buques pequeños.

Total: Inglaterra 238; Francia 247; y Rusia 150.

Inglaterra tiene 37 vapores grandes y 97 pequeños.

Francia, 61 grandes y 57 pequeños.

Rusia, 8 grandes y 24 pequeños.

Total: Inglaterra 134: Francia 118; y Rusia 32.

Dedúcese de estos datos que la Francia viene á tener iguales fuerzas marítimas que la Inglaterra. Lo mas importante empero es que la Francia no necesita ya como antes meses para tripular y dejar habilitado cualquier buque de guerra; por el contrario, todo se halla en el dia tan perfectamente organizado y dispuesto, que en una sola noche puede llevarse á cabo aquella operacion.

—Los buques mercantes griegos, si bien en la parte material los peores que cruzan los mares, son dirigidos con tanta habilidad y destreza, que sus capitanes apenas los aseguran, y consiguientemente tampoco los géneros de trasporte contra las averías; de modo que admiten cargamentos con una equidad tal, que nadie podrá hacerles concurrencia en el Mediterráneo.

—El nuevo instrumento denominado *Dynamómetro de Marina*, inventado por Thomás Stevensen, sigue usándose como eminentemente práctico para medir la accion ó potencia de las olas del mar. Las observaciones hechas desde que se adoptó este instrumento, dieron por resultado que en los meses de verano existe en las olas del Occéano Atlántico una accion de 611 libras por pié cuadrado de cada oleada, y en los meses de invierno 6086 libras. En el mar del Norte ascendió la mayor presion á 3013 libras en pié cuadrado.

PALAEONTHOLOGIA.

Examinar la materia de que se compone nuestro globo, y observar el órden con que estan colocadas las diferentes sustancias que forman y constituyen el terreno sobre que apoyamos nuestros pies, parece que debia haber sido el primer estudio que hubiese ocupado á los hombres. ¿Qué cosa mas natural ni mas interesante que reconocer uno la casa en que vive? Pues no señor; los hombres conocian ya el movimiento y relaciones de los astros cuando todavía no tenian idea de que la tierra fuese esferoidal; y los primeros que se han ocupado en estudiar la composicion y estructura interior de nuestro planeta, no han hecho mas que desbarrar y decir despropósitos, al paso que el curso de las estrellas lo fijaron exactamente desde un principio. No dejaria de presentar interés el investigar la causa de estas anomalías; pero no es nuestro objeto presente.

La geología y las ciencias sobre que ella se apoya inmediatamente, forman en el dia una de las principales ocupaciones de todos los sabios del mundo; apenas hay sesion de la Academia de Ciencias de París, que es la primera de todas las academias, en que no se ocupen mas ó menos de geología, prescindiendo de que esta ciencia forma además el objeto único y especial de otras academias ó sociedades científicas en diferentes paises. Es uno de los estudios mas predilectos en el dia; y, si se nos permite la espresion, es el estudio mas de moda en todos los paises civilizados. Pero como esta aficion general al estudio de la geología data de hace muy pocos años, y como que para el progreso de esta ciencia es indispensable la cooperacion de muchos individuos dedicados á ella en diferentes puntos de la superficie del globo, no es estraño el que todavía haya llegado al rango y perfeccion en que se hallan otras ciencias; pero sin embargo, se puede decir que se está en el camino de encontrar la verdad, ó cuando menos, de acercarse á ella.

De lo que no queda duda ninguna es, que la parte de la corteza del globo hasta la profundidad á que pueden llegar nuestras investigaciones, ha sufrido muchas alteraciones, debidas las unas á ciertas causas, cuyos efectos son lentos pero continuados, al paso que otras causas han producido efectos rápidos, estraordinarios y casi generales en toda la superficie de la tierra. La palabra catástrofe no parece que da una idea bastante exacta de la intensidad de los fenómenos que debieron resultar en este último caso; por cuya razon, los geognostas han buscado en el griego la voz *cataclismo* para espresar los trastornos y desconcertamientos que en diferentes épocas ha esperimentado la corteza de nuestro planeta. Una de las consecuencias de estos grandes cataclismos era que, en cada uno de ellos se destruian y perecian todos ó la mayor parte de los seres vivientes entonces existentes, inclusas las plantas, y sus restos quedaban sepultados entre las ruinas, siendo después recubiertos por los sedimentos que depositaban las aguas posteriores, resultando de este modo quedar enterrados, unas veces en los mismos parajes en que perecieron, otras veces en los valles ú hondonadas adonde los arrastraban las mismas corrientes, como se observa en los depósitos de carbon de piedra. En un cataclismo subsiguiente estos depósitos de seres organizados pudieron ser, y han sido efectivamente, trastornados en todo ó en parte: así es que se encuentran algunos en una posicion que no corresponde al modo como fuéron fundados. De este modo es como únicamente se puede esplicar la presencia de restos marinos incrustados en las rocas que constituyen cumbres de algunas montañas, tal como la cordillera de los Pirineos y la de los Andes.

De lo dicho se infiere claramente de cuánto interés debe ser para los progresos de la geología el estudio de los restos de seres organizados que se encuentran embutidos en ciertas clases de rocas, y que por esta circunstancia se les ha llamado *petrefactos*, ó bien *restos fósiles*. Para merecer el nombre de fósiles deben haber perecido, ó cuando menos haber sido enterrados á consecuencia de una de esas catástrofes que ya no se verifican en el órden actual de la naturaleza.

El estudio de los restos fósiles forma por sí solo una ciencia llamada *petrefactologia ó palaeontologia*, la cual se ha hecho ya demasiado estensa para que una persona sola pueda dedicarse con fruto á toda ella en general: así es que muchos sabios ú hombres de ciencias se han dividido ó repartido, digámoslo así, el trabajo. El conde Sternberg y Adolfo Brongniart se ocupan esclusivamente del estudio de restos fósiles, ó sea la *flora del mundo primitivo;* Meshayes, Sowerby, Goldfuss y otros se han dedicado con especialidad á la *conchologia*: el jóven y amable suizo Agassitz al estudio de los pescados fósiles; el célebre y singular Cuvier y el Dr. Kaup, al estudio de los mamíferos fósiles. No contentos con esto todavia, han hecho una subdivision mayor; Leopoldo de Buch, por ejemplo, ha escrito un tratadito sobre los *Ammonites*, cuyo género de moluscos ha desaparecido enteramente, y otro tratado sobre las *terebratulas*, que son los animales que mas han abundado en los mares antiguos. El conde de Muenter, aunque se ocupa de palaeonthologia en general, ha fijado su particular atencion en el género *Belemnites*, de cuyos polythalamios tiene verdaderamente un ejército en su coleccion. Miller, Soldani, Catullo, Dalman y otros muchos se han ocupado tambien de objetos especiales en esta ciencia.

Para describir un objeto cuya forma no es geométrica, no hay duda que el mejor medio es representarlo en un dibujo lo mas exactamente posible: por esta razon se ha adoptado el adornar con abundancia de láminas las obras de palaeonthologia, de donde resulta que por lo general son muy caras y que no estan al alcance de un estudiante: pero tambien se puede decir que entre ellas las hay magníficas: tales son por ejemplo, *Mineral conchology ofgreat Britani*, por Sowerby.—*Abbildung und Bescbreibung des in Boner und Munster halbher befindlichen versteinerungen deutschlands*, por Goldfus y Munster.—*Die versteinerungen Wurtembergs, in lithographirten Abbildungen*, por C. H. v. Zieten.—*Recherches sur les ossements fosiles*, por Jorge Cuvier.—*Recherches sur les poisons fosiles*, Agassitz.—*Lethaea geognostica*, Bronn.—*Histoire des vegétaux fósiles*, por Brongniart, etc.

En España se conocen muy pocas de estas obras; no existen en ninguna biblioteca ni establecimiento público. Tampoco hay, ni en poder de particulares, ni en establecimientos del gobierno, una coleccion, ni buena ni mala, de palaeonthologia ni de ninguna de las secciones en que hemos dicho se halla subdividida; en una palabra, en España no se tiene idea de esta ciencia; todo lo mas es, si se la conoce de nombre. Por lo tanto, no es estraño que ignoremos la clase de fósiles que se hallan encerrados en esta parte del gran cementerio del mundo antiguo. Es verdad que en nuestros terrenos terciarios de agua dulce se encuentran muy pocos restos de moluscos; pero la Península está compuesta de toda clase de *formaciones*, y ninguna de ellas se ha reconocido científicamente; solo se conoce algun que otro fósil que por casualidad ha ido á parar en manos inteligentes; pero bastan sin embargo para dar una idea de la abundancia con que deben existir.

Las cavernas de las formaciones calcáreas han dado y estan dando en el dia en otros paises las mayores luces para el estudio de la palaeonthología, en razon á la multitud de huesos de diferentes animales que en ellas se encuentran depositados: en España existen muchas de estas cavernas; ninguna de ellas se ha reconocido palaconthológicamente.

EL ENERGUMENO.

En aquellos remotos y memorables tiempos de la historia del mundo en que pasando los hebreos del Egipto á Canaan, habian acampado en los desiertos de Kadesh, se apareció, con el dia, un cazador jóven de aquel pueblo á la falda del monte Seir. Iba en persecucion de una tropa de cabras líbicas monteses, que al través de los arenales vió tomar refugio en las escarpadas colinas, que á larga distancia encubrian el horizonte. Cuando llegó el viajero á sus fragosas solitarias cimas, una multitud de estrechos valles, abiertos entre rocas áridas y cortadas, se presentó á su vista; y en tanto que consideraba por cual de ellos habia de perseguir la caza, observó lo que hasta entonces no habia advertido en su entusiasmo, á saber: que el sol se encumbraba cada vez mas en el firmamento: que era intenso el calor, y que una sed intolerable y una palpitante frente pedian el descanso de la sombra y del agua. Y como fuese casi imposible atravesar los arenales de nuevo hasta que el calor del dia se templara, y no parecia improbable que hubiese caza oculta por aquellos riscos, bajó una ladera, la humedad de cuyo suelo indicaba la cercanía del agua; siguió sus arenas en varias direcciones, y al fin premió su constancia la vista de uno de aquellos ricos y pequeños valles que suelen ocultar en su seno las pedregosas y desnudas montañas de que hablamos. Las aguas que en derredor del valle consumian las cálidas y siempre sedientas arenas, murmuraban dentro de su recinto vivas y trasparentes, con toda la gala con que fluyen los arroyuelos de las montañas; y mientras las cúspides de cuantas eminencias alcanzaba la vista empinaban al cielo calcinados estériles picos, desnudos de arbustos y hasta de yerba, ornaban sus márgenes en aromáticos grupos el amaranto y la azucena, el gigantesco linaloe, el laurel y el tamarindo, la palma y el rosal de Jericó, meciéndose entre el agua y el pié de las oscuras rocas de granito que la ocultaban

Después de apagar su sed, y de haber repetidas veces bañádose los piés en la fresca corriente, se internó con paso lento en el valle. Presto llegó á su término, formado por los elevados riscos de donde descendia el arroyo, lanzando ruidosamente sus aguas. Atrajo su atencion uno de aquellos recesos, casi cubierto por el follaje de la majestuosa parra, á cuya sombra determinó sentarse, cuando le sobresaltó la vista de una tenebrosa caverna que por allí se abria. Miró como por instinto á la tierra, para descubrir la naturaleza de sus habitantes si alguno tenia; y vió en efecto la huella, no del leon ó el tigre, ó de la conocida sandalia, sino de un disforme pié humano, descalzo y de estrañas formas. Iba á retirarse, cuando al volver el rostro se apareció á sus ojos un hombre de figura harto notable. Era desmesuradamente alto y delgado, y llevaba por todo vestido una túnica de pelo de cabra; su cabello y barba eran negros y crecidísimos. Yacia reclinado en el fragmento de una roca á la sombra de los sicomoros. Al observar el cazador su fisonomía, creyó descubrir en ella los síntomas de la enfermedad y del cansancio; y movido su corazon se acercó al estranjero y le habló en voz benigna.

Alzó el hombre del valle los cansados párpados. Una luz sobrenatural centelleó en sus ojos, que súbitamente oscurecidos empezaron á verter silenciosas lágrimas; pero se echaba de ver la emocion que sentia en su silencio. Al fin asió la mano del jóven que inesperadamente se le habia aparecido, y le hizo señas para que tomase asiento. Obedeció el cazador;—mas como el solitario continuase en su silencio, le preguntó el jóven si en algo le podia ser útil.

¡Sí puedes! replicó con énfasis melancólico el habitante de la caverna; puedes serme útil si no te estremece mi nombre. ¿Sabes por quién te interesas? ¿Conoces acaso al demonio del desierto?

A este nombre terrible se levantó trémulo el jóven, y lanzó un agudo grito. Quiso huir; pero parecia que se hallaban sus pies clavados á la tierra. Entonces el estranjero imploró con sentida voz su clemencia.

—No, hijo mio, esclamó, por caridad, no huyas, no me temas. Hubo un tiempo en que en esta visita hubieras encontrado tu hora postrimera.—Pero mi poder ha pasado.—No soy lo que fuí.—Voy á exhalar el último aliento.—El testimonio de un hombre es preciso para mí en este instante.—Tú puedes escucharme, hijo mio; tú puedes darme sepultura.... no me abandones.

Conoció el jóven que se hallaba en verdad su temible compañero entregado á la postrera agonía; y con estraña mezcla de temor, de curiosidad y simpatía, se sentó junto al paciente, y escuchó sus palabras.

—No soy, dijo, lo que mis paisanos piensan.—No soy un espíritu inmundo revestido de carne mortal.—Soy un desventurado, soy Ithran, el espulso de Israel.—Bien saben hasta los mismos gentiles, entre quienes ha vivido tanto tiempo mi pueblo, que el poderoso Jehová le ha conservado por su voluntad divina, obligado á la naturaleza á romper en su provecho las antiguas leyes que la regian, y rodeándole así de terrores, defensa mas inespugnable que la de un profundo foso ó robusto muro. Pero los hebreos son ingratos; y en medio de tan insignes favores, se placen en provocar la cólera del Señor. En los últimos años su incredulidad é idolatría han crecido horrorosamente. En vano se ostentó la gloria terrífica de Jehová en el encendido monte;—en vano llevaban flamígeras serpientes la muerte á las llanuras,—y el fuego de la divina venganza heria en vano la frente de los rebeldes.—La belleza majestuosa de Miriam, que con ligero pié bailó ante las doncellas israelitas, y con melodiosa voz entonó himnos á la victoria conseguida contra Faraon, se vió en vano cubierta de lepra y lanzada del campo.—Desde su residencia en Kadesh, el espíritu del pueblo hebreo era presa de monstruosos y nefandos vicios.—El Señor rehusó guiarle á la tierra de promision; los amalekitas rompieron sus huestes, le llenaron de abatimiento. El hambre se manifestó en el campo. El maná y las codornices, solo alimento que en él se hallaba, parecia insoportable á los mas de los hebreos. Se acabó el ganado, y era cada dia el desierto mas fiero y espantoso.

Pero se acercaba el dia de la expiacion anual, y la esperanza alentaba todos los corazones. Habia el Señor, por su divina misericordia, concedido un medio expiatorio á los hijos de Israel, para que de sus pecados se librasen. El gran Sacerdote debia cargar el peso de tantos crímenes sobre la cabeza de una cabra que los llevase al desierto. Llegó el temido dia.—Todo el pueblo hebreo se reunió ante el santuario.—Apenas resollaban los arrepentidos transgresores de la ley divina.—Se hicieron las oraciones.—Trájose la cabra predestinada.—Las palabras misteriosas que le habian de trasmitir los pecados de Israel se pronunciaron; y el melancólico y funesto peso que los afligia, pareció ahuyentarse de los pechos hebreos. Solo era ya necesario enviar la cabra al desierto por mano de un hombre *digno*. Una vehemente curiosidad se apoderó de la multitud, deseosa de saber quien seria el hombre elegido. La comision era importante. Tal era nuestra pobreza, que fué difícil encontrar otras dos cabras para el sacrificio; y aun hubo que guardarlas cuidadosamente; pues algunos hijos de Belial intentaron quebrantar por la noche, para robarlas, la puerta de su guarida.

Tambien era de suponer que muchos malvados se emboscasen, con ánimo de matar, antes de que llegase al desierto la predestinada cabra. Yo era profeta, y lo era tambien mi padre; y aunque jóven, mi celo ardiente por la cuasa del Señor y del caudillo Moisés habia encontrado favor con los ancianos.—En mí creyeron hallar al hombre *digno*, y se verificó mi eleccion.

Pareció necesario, para el pleno cumplimiento de mi mandato, que penetrase dos jornadas completas en el desierto. Una numerosa hueste de la mas noble juventud hebrea acompañó el principio de mi marcha; y al declinar el sol volvió al campo dejando que la prosiguiese solo, y colmándome de bendiciones.

2009 Ministerio de Cultura

Al ver retirarse la amistosa multitud, un sentimiento de orgullo, desconocido hasta entonces, se despertó en mi pecho al acordarme de que entre tantos era yo el primero, el elegido para una confianza tan importante. Caminaba lleno de animacion y de entusiasmo.—Bajó el sol al ocaso; pero yo proseguí incesantemente mi viaje durante toda la noche. ¡Tanto me robustecia la exaltacion de mi espíritu! Olvidé á la vez el alimento y el sueño; hasta que al arder en los cielos el sol del otro dia, busqué la sombra de una peña por único asilo. El saco de mis provisiones no parecia—le habia perdido durante la noche, en medio de las soberbias congratulaciones á que mi amor propio dió motivo. Sentí entonces los efectos de una cólera pueril, y levantándome repentinamente, herí á la cabra con mi varilla, y continué el viaje. El dolor de la hambre, los tormentos de la sed, la certidumbre de que habian de pasar muchos dias antes de que pudiese volver al campo, me irritaban y estremecian. Me hallaba ya bastante débil, no solo por el cansancio y falta de alimento, sino por el estricto ayuno que antecedió al dia de la expiacion.—En vano dirigí durante todo el dia la ansiosa vista en derredor buscando agua, un dátil, un melon ó una higuera. —Solo se descubrian arenas abrasadas. La cabra se movia tambien lentamente por tener como yo rendidas y casi agotadas sus fuerzas. Continuamos empero la marcha.—Parecia el dia interminable, destinado á no tener fin; y para aumentar mi angustia, estaba alfombrada la arena con una planta menuda y espinosa que me laceraba los piés, dejando en ellos sus aguijones. Una voz secreta me aconsejaba que volviese; pero mi orgullo no lo permitia; animé con la vara al desalentado animalejo y seguimos con doble vigor el viaje. Al fin se puso el sol; y con gozo mio descubrí á lo largo algunas rocas:—pero no encontré en ellas ni árboles, ni yerbas, ni agua. Amarré la cabra á un peñasco, y me arrojé desesperado por tierra; pero aunque se hallase abatido mi cuerpo, estaba mi ánimo lleno de amarga actividad. Mil opresivos y tenebrosos pensamientos le atormentaban; y llenábame de terror al imaginar que estaba á grande distancia de los hombres.

La cabra yacia en tanto dormida á mis pies, y su vista redoblaba mi agitacion. El animal podia olvidar sus dolores; pero á mí, que por él los pasaba, me era imposible. Maldecia el necio orgullo que me hizo acometer tan árdua empresa. En este instante se me ocurrió un pensamiento.—¡Matar y comer!—Esta horrible idea hirió mi mente como el crujido de un trueno, ó como la luz del relámpago.—Me levanté alejándome precipitadamente para huir de la tentacion; pero el mal espíritu me perseguia; y queriendo oponer á su voz mis acciones, desaté la cabra, y le dí con la vara para forzarla á continuar la marcha. Era demasiado tarde. El cansancio la dominaba, y no la permitia mover los frágiles miembros.—Pero ya habia cumplido mi encargo y podia volver libremente.—Así determiné hacerlo.—La vista del temeroso inacabable desierto me acongojaba y ponia miedo en mi corazon.—Desesperaba de poder jamás cruzarle; y deteníame, con fatal apego, alrededor de la cabra. Me esforcé, por varios medios, en formarme una idea horrorosa del enorme crímen á que mi flaqueza me convidaba; pero á pesar mio, me parecia el delito cada momento mas venial, y el furor de mi apetito era ya un frenesí, cuya violencia se aumentaba con espantosa rapidez.

—¿Para qué guardaré yo, esclamé en mi dolor, á costa de mi vida, una vida que ha de acabar tan pronto?—Insensiblemente habia yo sacado el cuchillo de mi cinturon; y en un acceso de ciega furia me precipité sobre el dormido animal, y se lo clavé en el cuello. La sangre brotó con violencia; yo olvidé la ley sagrada,—y oprimiendo con los secos labios la herida, bebí con loca avidez hasta embriagarme en sangre. Un terrible delirio se apoderó de mí. No aguardé á que partiese la vida del postrado animal, sino que arrodillándome empecé á devorar su carne en torno de la ancha herida. Un espíritu de triunfo, un trance de loca estravagancia parecia poseerme;—adquirieron súbitamente mis miembros décuplo vigor del que jamás gozaron; y ya harto me senté á reir junto á mi víctima. —De ella acababa yo de heredar la maldad de millares de malvados; las inspiraciones y demencias de todos los ultrajes y crímenes, y ayudado de tanta fuerza, corrí rápidamente por la árida campiña.

Al fin me rindió el sueño.—Ignoro cuánto tiempo duraría: al levantarme ya se habia desvanecido mi embriaguez, y la tenebrosa desesperacion de tantos crímenes que no podian expiarse, abrasaba mi pecho y mi cerebro.—Mi caida, profunda, absoluta, sin esperanza... eternamente separado de la casa de Israel... No pude soportar estas acervas imágenes, y me levanté decidido á darme la muerte. Busqué para ello el lugar de mi crímen, porque en él habia dejado el cuchillo y la cuerda con que estaba atada la cabra. Encontré aquel receso fatal; pero los despojos de mi sacrificio habian desaparecido. El espíritu diabólico que me perseguia encendió en furor mi alma. Ya era indudable que los hombres estaban cerca:—ellos me habian robado mi presa; y fulminé contra ellos la sentencia de muerte que para mí mismo acababa de pronunciar.

Un fiero deseo de esterminar, si posible fuese, la familia de los hombres, era entonces mi único sentimiento, mi sola idea. Emprendí con lentitud mi viaje hácia los mas próximos confines del desierto; y al pié de una sierra que de antemural le sirve, descubrí un campo ismaelita. Desde los intersticios y cavidades de las rocas espiaba yo, como un tigre, sus movimientos y esperaba la caida de la noche. Cuando ya no habia luces en el campamento bajé á la primer tienda. Algunos de sus habitantes aun no estaban dormidos; y á vista de mi frenético semblante huyeron dando grandes alaridos. El terror y alarma se comunicaron á las tiendas vecinas, y pronto me ví señor de todas ellas. A la vista de sus blandos lechos y multiplicadas comodidades, un insufrible aborrecimiento se apoderó de mi alma. Mi primer impulso fué pegar fuego á la tienda; pero el oro, perlas y espléndidas ropas—tesoros de aquellos comerciantes—cautivaron mis ojos; y una insaciable avaricia se encendió en mi pecho.—Sin acordarme de peligro alguno, y olvidando por un momento mi ódio á los hombres, me puse ¡necio de mí! á cavar un hoyo en que ocultar tantas riquezas como á la vista tenia, cuando recobrados de la primer sorpresa volvieron hácia mí los mercaderes. Huí hácia la cima de las rocas al ver tantos enemigos. Me persiguieron con la actividad de hombres acostumbrados á perseguir y alcanzar la cabra montés;—pero yo tambien sabia desde mi infancia escalar los enriscados peñones del desierto; y entonces un encanto especial daba superior fuerza á mis miembros.—La persecucion fué vana; con asombro suyo saltaba yo de una distante roca á otra, dejando un hondo precipicio entre ellas, ó meciéndome desde lo alto de una palma, tomaba vuelo, y a verlos cerca me lanzaba á increible distancia de ellos. Desde entonces se estendió por el desierto el terror de mi nombre.—Mil maravillas se contaban mias alrededor del fuego doméstico, y llamábanme las gentes el «demonio del desierto.»—Largos meses viví por inaccesibles montañas y áridos arenales, á impulsos del deseo de matanza, que no me habia sido posible aun satisfacer. Mi nombre me perseguia, y por siempre me encontraba en la soledad.

El hombre de la caverna guardó aquí un momento de silencio, oprimido sin duda por sus punzantes recuerdos; pero haciendo un esfuerzo poderoso, prosiguió de este modo:

Exasperado con mis infructuosos esfuerzos, volví mi cólera al cielo. A la vez ardian en mi pecho el fuego horrendo de la blasfemia, y el miedo pueril de la idolatría. Doblé la rodilla al sol naciente, y besaba por la noche mi mano, y la dirigia en señal de adoracion á la luna y las estrellas—pero por su Hacedor Omnipotente solo sentia odio y hostilidad en mi alma. En la vehemencia de mi rabia impía atravesé los desiertos y subia por las noches á las solitarias cumbres de Horeb y Sinaí. Ya no descansaban en ellas las nubes oscuras y amenazadoras, ni el trueno estremecia los cimientos de las colinas;—cubríalas el firmamento diáfano y resplandeciente en estrellas, y rodeábalas un vasto mar de riscosos y truncados picos. Horrible es la memoria de la loca impiedad que me oprimia. Desafiaba al Eterno en la misma montaña de su poder, y le provocaba, si vivia, á que se revelase de nuevo en medio de los relámpagos.—Escuchaba entonces, y me veia sumergido en vasto mortal silencio. —Solo la brisa sonaba en derredor, como escarneciendo mi despreciable orgullo. Bajé del monte, y devoraba mi corazon la rabia mas ponzoñosa contra el mismo á quien debia la vida, y una envidia roedora contra Moisés, el jefe de mi pueblo, cuyo nombre maldecia acusándole de impostura.

Pero aunque estaban en paz las colinas sagradas, no sucedia lo mismo en la llanura. Precipitábanse por ella ruidosos vientos —amenazadoras palabras sonaban en mis oidos; rodeábanme formas de temerosos espectros, dirigiéndome miradas llenas de estraño fuego; y temibles oscuras sombras se alzaban de los sitios adonde iba yo á sentar el pié. ¡Yo habia osado desafiar al Señor y temblado ante estos imaginarios espíritus!—Huí buscando asilo á mi caverna; ¿pero qué refugio hallará aquel que ha desdeñado la proteccion del Altísimo?—El trueno retemblaba sobre las rocas de mi cueva; sus fragmentos caian con espantosa ruina en el desierto valle; el relámpago se abria paso al través de la densa oscuridad de mi infeliz morada; y por último una luz purpúrea, encendida en el sólido granito de las rocas, precedió á la presencia terrible de los dioses gentílicos, que lentamente atravesaron la caverna. Me contemplaron en silencio; pero no hablaron, pasando al parecer solo para recibir mi homenaje. Pensé ver en temerosa procesion al desmesurado Baal, y la alta forma y risueño semblante de Hastaróh; Sémel, la voluptuosa reina del amor; Dagon arrastrándose sobre su cola de pescado; el salvaje Moloe, envuelto en sus propias llamas: y por último Nehushtan, la poderosa serpiente, andando antes que resbalando por el suelo, en ondulantes voluminosos pliegues; alzada en alto la coronada frente y faz humana; y cubierta de lucientes vivas escamas de púrpura azul y amarillo, por debajo de las cuales fluia el esplendor de los fuegos infernales.—Pasaron, pero no quedé solo.—Brotaba la tierra enjambres de formas pigmeas de gemedimos; y por los agujeros todos, por todas las grietas de paredes y techos, brillaban los verdes ojos y velludos semblantes, grotescos, pero odiosos de los Shoirimos.

La idólatra pasion murió en mi pecho. ¿Quién podia adorar tan repugnantes objetos? ¡Cuán terrible era su presencia! Esta vision despertó mi deseo de sociedad y mi simpatía por los hombres. ¿Pero adónde hallarlos? ¿No era yo para los habitantes de los contornos lo que los dioses de los gentiles para mí?—Resolví abandonar los desiertos; y viajando muchas noches, al fin me encontré en tierras cultivadas, y á la puerta de una grande ciudad circuida de estupendas murallas y torres; llamábase Argob, y pertenecia á Og.—¿Quién no ha oido hablar del último de los Anakimetas y de su férreo lecho? Rodeado por una banda de fieros monstruosos guardias fuí conducido á su presencia. Hallábase sentado en un fuerte banco á la sombra de los sicomoros en la puerta de su palacio; y sus hijos y guerreros de gigantesca talla le rodeaban.—Me intimidó por un momento la vista de aquel ente espantoso. A pesar de mi grande estatura apenas alcanzaba mi frente á sus hombros.—Pero sin esperanza de vida—indiferente á la muerte, que no podia ser mas amarga que mi propia existencia—no anuncié como profeta de Israel. La astucia y el engaño guiaban empero mi lengua. Dije que venia huyendo del despotismo de Moisés, y que preferia la muerte que las manos del rey me dieran al yugo que pensaban imponerme las de los tiranos de mi pueblo. La ilusion se apoderó del fiero monarca. Sus guerreros y sus ciudades habian sucumbido á vista suya bajo las armas de Israel—esperaba su turno diariamente; y creyó mis noticias la tabla de esperanza que le era concedida en medio del naufragio. Yo fingia revelarle los secretos de la fuerza hebrea, y le dí por cierta la victoria. Animado por mis palabras, determinó buscar á los enemigos en vez de esperarlos. Me acogió favorablemente; me colmó de honores, y se puso su pueblo en movimiento cual pudiera un enjambre de tábanos. Solo se oia el crujir de armas, ó el tumulto de procesiones y sacrificios.—Pasaban los hijos del rey de un lugar á otro rápidos y amenazadores cual protervos espíritus desencadenados de los infiernos;—sus hijas, criaturas de fiera, aunque grande belleza, cargado el orgulloso cuello de sartas de perlas; el cabello suelto sobre las espaldas, tachonado de oro y joyas; las muñecas y tobillos circundados de macizos brazaletes de oro, escitaban el frenesí de los sacerdotes con sus ardientes gracias, y con regalos de ricas telas para cubrir los tabernáculos ocultos en mancillados execrables bosques.—¡Tremendo era el furor que á la sanguinaria multitud agitaba!—¡horribles los gritos de las víctimas!—¡penetrantes los alaridos de los niños, á quienes arrojaban á los candentes y llameantes hornos de Andramemeleci.

Pero en medio de esta tumultuosa escena de terror y de crímenes, una beldad esquisita lucia pura y serena como la estrella solitaria en el tempestuoso Occéano. Era la hija menor del rey y de una cautiva descendiente de la tribu de Esaú. Era de la estatura comun de las mujeres; y la riqueza de su hermosura y la suavidad de su espíritu, presentaban solo la imágen de su perdida madre. Era linda como la azucena del valle; y sus ojos y ondulantes rizos oscuros como la noche. Habia oido la revelacion del Dios verdadero en su infancia; y miraba con horror y aborrecimiento las prácticas salvajes de aquellos con quienes vivia. Mis palabras despertaron en su alma el interés mas intenso. Mientras que de dia en dia estaban absortas todas las imaginaciones en los preparativos de la guerra, ella me asediaba con importantes cuestiones. En su presencia parecian volver mi serenidad y mi templanza de ánimo. Hasta me fué concedido el espíritu de la inspiracion; y le referí con ardiente entusiasmo la verdadera historia del hombre—las dispensaciones del Dios de Israel—la rápida ruina que amenazaba al pueblo de su padre.—Advertí al finalizar mi profecía que se habia arrodillado, volviendo al cielo el rostro amable, bañado en la luz de una adoracion sublime. Se levantó al fin y me dijo:

—No temo la muerte. Pero sentiria acabar mi peregrinacion en medio de este pueblo idólatra. ¡Ah! ¡Quién fuese la mas humilde de las doncellas que sirven á los verdaderos creyentes en las tiendas de los parientes de mi madre!

Ya profundamente afectadado por su belleza, me dió ánimo su inspiracion.—¡Huye! esclamé; conozco los desiertos, y hago voto de guiarte fielmente por ellos.

Al fin triunfó el ardor y constancia de mis súplicas.—Cuando le aconsejé que se apoderase del terafim del rey, se sorprendió. Su alma pura desdeñaba hasta las apariencias del robo.—El aurífero terafim resplandeciente en joyas, y que casi valia la mitad de su reino—aquel doméstico dios de quien diariamente invocaba el acierto y la ventura,—pedia yo demasiado.—Pero mi celo, mi carácter profético—mis repetidas amonestaciones, de que era un testimonio contra la idolatría que el Señor demandaba, minaron los cimientos de su espíritu. Larga fué la lucha; pero al fin conseguí la victoria. Oculté en una espesura, no lejos de la ciudad, dos veloces dromedarios. Por la noche la esperé al pié de la muralla, de donde bajó con el terafim, en fuerte canasto. Ya habiamos llegado á la espesura, cuando sus feroces hermanos se aparecieron lanzando agudos y temerosos gritos.

La ví arrebatar de mis brazos, la vi en su poder, oí sus quejidos, vi la espada teñida con su sangre... Ya era vana la resistencia, imposible la venganza; me puse pues en fuga. La oscuridad y mi destino favorecieron mi evasion; pero la sangre de aquella pura y hermosa criatura yacia en mi alma como una cubierta de encendidas ascuas. El arrepentimiento—la piedad—el amor—me llevaban frenético no sabia adonde. Al fin me detuvo una sierra; subí á su cumbre, y me senté en ella en un estado de soñolienta estupefaccion. Desde aquella altura vi marchando los ejércitos de Israel—vi las huestes Anakimitas bajar sobre ellos como un espumoso torrente; después los ví disipados como la neblina, y á los israelitas persiguiéndolos y dándoles muerte, hasta perderse de vista en los límites del vasto horizonte. Seguí al ejército, y á pocos dias ví aquella nacion monstruosa destruida, y hollé con mis plantas las humeantes cenizas de sus bosques é idólatras templos.

Pero entonces descansó mi vista sobre objetos mas odiosos que los mismos anakimitas.—Ví á los hijos de Israel ocupando en paz las ciudades y fértiles campos—en pingüe posesion de que yo estaba escluido. Me retiré de tan insufrible espectáculo, y penetré de nuevo en el desierto. La tempestuosa energía de mis pasiones se iba calmando. Hallábame débil como un niño; pero una indomable envidia me corroia las entrañas al recordar el bien de mis hermanos, y una crueldad maligna me arrastraba en persecucion del débil y del indefenso.—Pisaba con vengativa malicia los insectos que junto á mí pasaban; y arrojaba piedras al lagarto mismo que acababa de echarme una alegre mirada. Pero hasta esta pequeña fuerza para obrar mal desapareció; y quedé al fin presa inerme de los remordimientos—del deseo de unirme á mi pueblo—le tenebroso terror, el terror de Dios, de la muerte y del infierno.

¡Alabanza eterna, infinita alabanza le sea dada al que al fin perdonando desarmó el brazo de su cólera! Yacia yo á la boca de esta caverna, no sé si despierto ó dormido, cuando ví dos ángeles ante mis ojos; y al contemplar con atencion su fisonomía, reconocí á mis padres. Oí la voz maternal que esclamaba: —«mucho tiempo hemos rogado por nuestro infeliz hijo para que participe de la indulgencia anual de la cabra predestinada. Ya está concedido. La carrera de sus últimos años ha sido la de la demencia; el verdadero crímen fué faltar á la sagrada confianza que en él depositaron los ancianos.—Su castigo ha sido severo; mas ya le concedió el Altísimo su perdon. La sombra querida me roció con agua de una cristalina fuente, y un temblor de alegría:—una sensacion ardiente de amor, de ternura, de esperanza se precipitó en mi alma;—mis ojos se llenaron de lágrimas, y quedé entregado á un dulcísimo trance.

Durante una entera luna he continuado tranquilo, respirando la atmósfera del amor y lleno de reverencia, dulce y consoladora hácia el Señor. Pero ya se acaban mis fuerzas.—Este es el último don de la misericordia infinita. Te ha enviado, hijo mio, para que aprendas de mí esta imponente leccion dirigida á la infidelidad y el orgullo; y á salvar de las fieras los restos de su siervo arrepentido.

Antes de que hubiese salido el siguiente sol, habia el jóven enterrado en su cueva al profeta, y volvió á su tribu á contar una historia que sirvió de admiracion y terror á muchas generaciones.

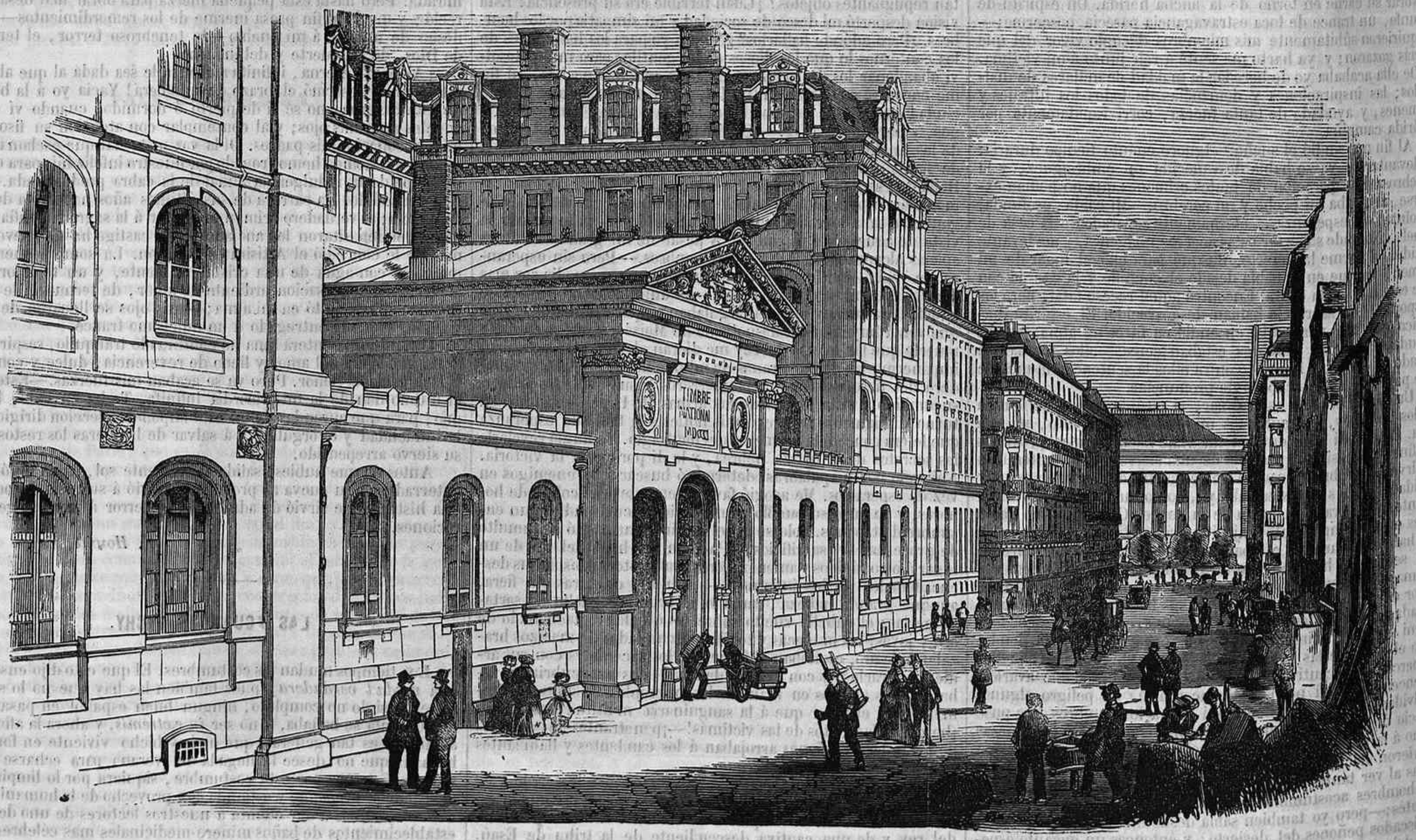
W. Howitt, Esq.

LAS AGUAS DE VICHY.

Los tiempos mudan las costumbres. El que esto dijo enseñó una *verdad verdadera*, pues tambien las hay que no lo son. Hace un siglo no completo, ningun buen español en pasando de cuarenta se bañaba, á no ser *in extremis*, y ahora la aficion á bañarse es tan general, que no hay bicho viviente en forma humana que no desee la llegada del verano para echarse en remojo. Estamos por esta costumbre, siquiera por lo limpia; y deseando se propague y estienda con provecho de la humanidad doliente, vamos á dar cuenta á nuestros lectores de uno de los establecimientos de baños minero-medicinales mas célebres de Francia.

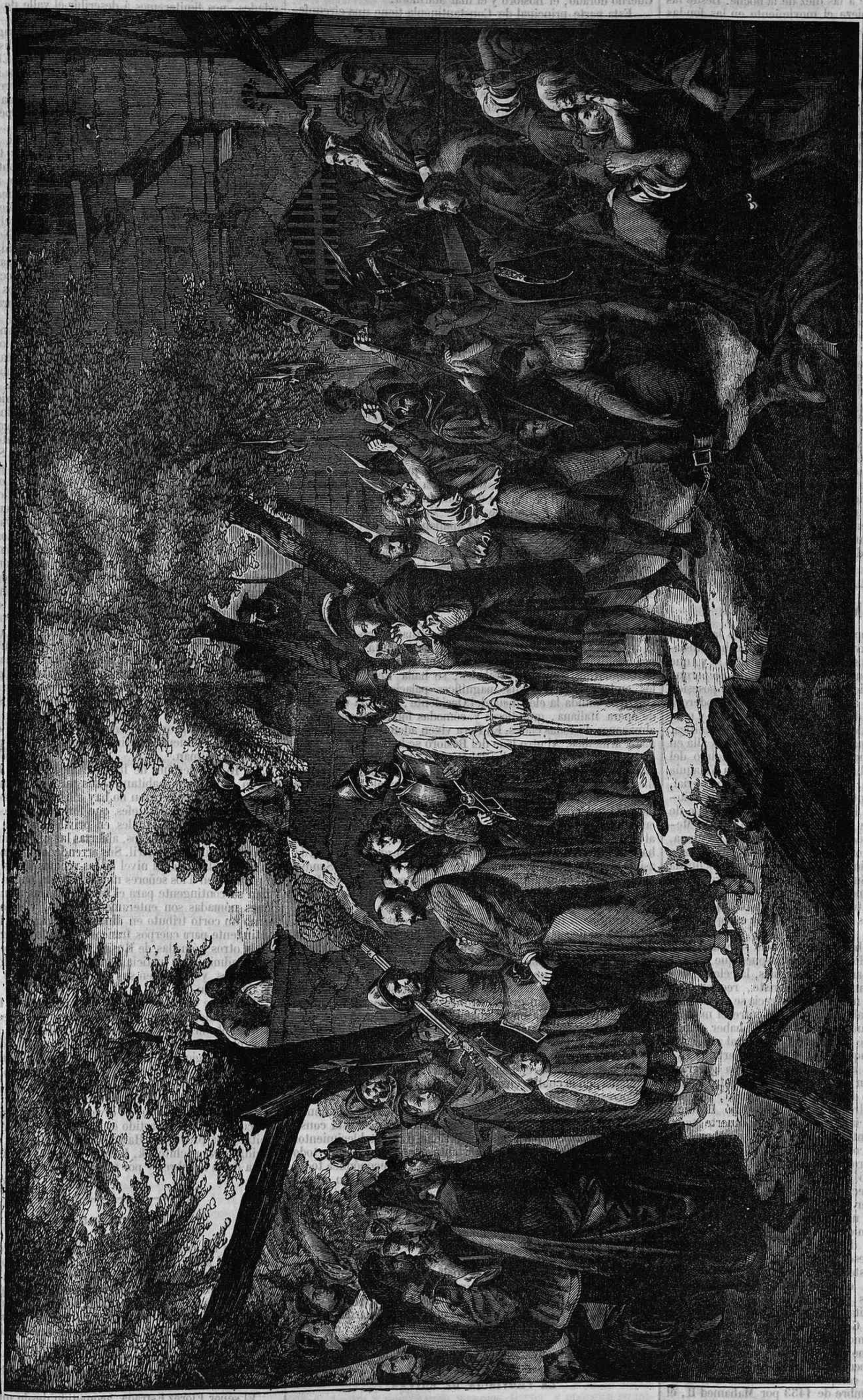
2009 Ministerio de Cultura

Escena de *Satanella*, baile fantástico ejecutado en Viena por la Taglioni.



Oficinas del timbre en Paris.

2009 Ministerio de Cultura



Tomás Muncer y sus compañeros caminando al suplicio, cuadro de Federico Martersteig.

La antigua y pequeña ciudad de Vichy está situada en el camino nacional de París á Nimes, departamento de l'Allier, rio caudaloso que pasa junto á las murallas derruidas del pueblo. El nuevo Vichy, donde se hallan los famosos baños de que vamos á hablar, es halla fundado en las orillas de este mismo rio en direccion de Sur á Norte. El valle que le rodea es rico en producciones de toda especie; el aire es puro, el clima dulce y templado; los habitantes son políticos, buenos y afables, cualidades adquiridas con el contacto anual del mundo elegante y de la nobleza que de todas las naciones de Europa y América concurre á disfrutar los baños saludables y la encantadora sociedad que allí se forma durante la temporada de verano. El número de habitantes llega apenas á 2,000, y sin embargo da franco, confortable y económico hospedaje á 6,000 bañistas que de la mas elevada clase en lo general concurren todos los años á Vichy.

El país es tan abundante, y la industria de sus habitantes tan previsora, que nada falta ni echa de menos la familia mas acomodada de cuanto puede desear para satisfacer sus complicadas y estensas necesidades, sus gustos, sus aficiones y hasta sus caprichos. Allí se encuentra la culta y nimiamente fina sociedad del mundo elegante, y la sencilla, franca y cordial amistad del campo; el modesto, holgado y cómodo traje del enfermo, y el lujoso, rico y cuidadosamente esmerado de los elegantes. Cada uno hace su gusto sin cuidarse del de los demás, y todos cumplen su gusto, mirando unos sin ser vistos, viendo otros á los que no les miran, y creyendo ser mirados aquellos de quien

2009 Ministerio de Cultura

nadie hace caso. El tiempo, en mansion tan deliciosa, se desliza brevísima y agradablemente, á pesar de las prescripciones facultativas que varian esencialmente el método de vida de los habituales concurrentes á los baños. Es de rigor, si se han de tomar las aguas con provecho, dejar la cama lo mas tarde á las seis de la mañana y acostarse á las diez de la noche. Desde las cinco de la madrugada empieza el movimiento en las fondas *hotel*, y annque no se quiera, es preciso dejar el mullido lecho de pluma y salir de casa.

Desde que se despierta hasta salir á la calle, se pasa un rato desagradable; pero una vez fuera, se encuentra compensacion sobrada del disgusto, aspirando el ambiente fresco que envian las montañas vecinas, embalsamado con el suavísimo olor que despiden los recien abiertos cálices de las flores, que acariciadas por el aire matinal, ostentan orgullosas toda la hermosa coquetería de sus brillantes y variados colores. Los corpulentos árboles artísticamente recortados, que forman los numerosos y agradables paseos que se encuentran por todas partes, son sin duda mas hermosos en aquellas horas. Esmaltadas sus hojas por el rocío, cuyas gotas reflejan los colores del iris con el pajizo sol de la mañana, cubiertos aun los brotes por la frescura de la noche, llenando el espacio los agradables trinos de los pájaros que se anidan en las ramas, murmurando al pié los arroyuelos, y mejor pequeños rios, que corriendo en todas direcciones hacen este valle tan frondoso y ameno, ¿quién, por poco aficionado que sea á los placeres del campo, no esperimenta una dulce alegría, un placer indefinible, una satisfaccion inesplicable? En aquellos momentos, el pensamiento humano vaga en lo infinito, contempla, siente y se extasía. No le preguntеis en qué piensa, porque no os lo puede decir; el corazon sabe solamente que aquella hermosura que está á sus piés, se la envia el cielo con su luz, y en el cielo clava sus ojos el hombre alborozado como única fuente de la luz. Dios ayuda á quien madruga, ó mejor dicho, Dios le ha ayudado al permitirle ver con su vista mortal tan grande maravilla como la de volver la luz, la claridad, el órden y la vida, á las tinieblas, la oscuridad la confusion y la muerte. Poder sublime, grande, divino, el que obra tamaños portentos; ser mezquino, pobre y pequeño, el hombre les ve todos los dias y no se apercibe de ello.

Las fuentes de *l'Hopital Grand Grille, puit Lardhuy, los Celestinos, puit Chaumes, puit Carré* etc. se ven rodeadas de enfermos que van á desayunarse con sus aguas saludables. El gusto de todas ellas es mas bien agradable que repugnante; y si se resiste algo su temperatura de 20 á 33 grados del centígrado, el deseo de curarse vence la repugnancia que se esperimenta, y hace que todos beban como el sediento.

Madrid 9 de noviembre de 1853.

CÁNDIDO OJERO.

CONSTANTINOPLA.

Constantinopla, la incomparable Stambul, como la llaman los turcos, esa formidable llave, por cuya posesion han ansiado, hace ya tiempo, muchos ávidos pretendientes, y que ha continuado en manos de su antiguo dueño, tan solo porque ninguno de los tales pretendientes quiere ver al otro posesionado de ella, se halla ahora amenazada de su mas poderoso enemigo. Echemos una mirada sobre esta antiquísima y memorable ciudad, prescindiendo de toda consideracion política.

Constantinopla, denominada tambien por los turcos allá en su orgullo por esta joya preciosa, Islambol, ó sea colmo del Islamismo, Stambul ó Istambul, de los tantes de la Valaquia y Eslavonia turca, Zaregrad, que significa castillo imperial, fué fundada como dice el antiguo doctor de la iglesia, Eusebio Pánphilo, padre de la historia eclesiástica, y obispo de Cesarea 314 años después de Jesu-cristo, por el rey de Megarra Byzas, hácia el año de 658 antes de la era cristiana, llevando por entonces el nombre de Bizancio. En aquella época se limitó la pequeña ciudad colonial á la parte ocupada en el dia con el serrallo. Su situacion, tan estraordinariamente favorable para el comercio, la elevó bien pronto de su posicion humilde á una situacion tan respetable, que tambien en los sucesos políticos de la gran familia europea pudo tomar parte.

Durante algun tiempo, hallábase Bizancio sometida bajo el poder de Dario, rey de la Persia; pero después que fué ganada por el esforzado rey espartano, Pausanias, la célebre victoria de Platea, 479 años antes de Jesucristo, recuperó su libertad. Cuando las ciudades marítimas de Grecia se sublevaron contra la despótica Atenas, hallábase Bizancio entre el número de las disidentes; mas á la vuelta de dos años de haber tenido lugar aquella sublevacion, fué tomada por el general ateniense Alcibiades. En 403 la reconquistó el general espartano Lysandro. En 357 se unió á los aliados que hicieron la guerra á Atenas, y mas tarde luchó en union con Atenas contra Felipe de Macedonia, el cual la sitió durante mucho tiempo, pero sin resultado. Aun bajo Alejandro el Grande no perdió Bizancio enteramente su independencia, y después de su muerte tomó parte en los combates de Antigono contra Polysperchon, así como mas tarde contra Seleuco. Cuando los galos, después de la caida de Breno, se establecieron en la Tracia, 180 años antes de Jesucristo, les fué Bizancio algun tiempo tributaria. Para proporcionarse al efecto los recursos necesarios, impuso á todos los buques que venian á pasar por el Bósforo derechos; con lo cual se vió comprometida en una contínua lucha con los Rhodienses, por cuya causa se unió á Roma, bajo cuyo dominio se elevó á una plaza mercantil de primer órden. Mas como hubiera tomado partido por Pescenio Niger, enemigo furibundo de Septimio Severo, la sitió este durante tres años, y la destruyó 196 antes de la venida de Jesucristo. Restauróse empero mas tarde, en términos, que en 330 después de la era cristiana fuese declarada capital y silla del Imperio romano por el emperador Constantino el Grande. Desde entonces tomó el nombre de Costantinopla, como tambien Nova Roma, y permaneció unos mil cien años como capital y residencia del imperio romano, y mas tarde del imperio romano del Oriente, en cuyo tiempo sufrió 29 sitios, y fué conquistada seis veces. Con la última toma, dia 29 de noviembre de 1453 por Mahamed II, el valiente hijo de Murad, llegó á ser Constantinopla la capital del imperio otomano y residencia de los emperadores.

Abandonando ahora el campo histórico, trazaremos en seguida una descripcion de Constantinopla, basada en los autores de mas nota. La ciudad, propiamente dicha, se halla situada sobre una lengua de tierra triangular á la salida S. O. del Bósforo de Tracia, formada por un brazo de mar que se estiende casi una legua tierra adentro. Así es que Constantinopla se halla en la parte Oeste en comunicacion con la tierra firme de la Tracia, mientras que en direccion Este se estiende hasta tocar con el Cuerno dorado, el Bósforo y el mar Marmora.

Esta parte principal de Constantinopla tiene una circunferencia de cerca de dos leguas y media, y se halla rodeada de una triple muralla de recinto, procedente aun de la época bizantina, y restaurada por los turcos con nueve puertas grandes y veintiocho portales ó portillos. Por una de las puertas, denominada antiguamente de San Roman, y ahora Top-Capussi, penetraron primero los turcos en el año de 1453 al apoderarse de Constantinopla. El número de arrabales asciende á quince, siendo los de mas nombradía Galata, Pera, Tophana, Sentari y Kadikoi. Constantinopla, propiamente dicha, se presenta á causa de su terreno sembrado de colinas en forma de terraplen, ofreciendo por lo tanto, y muy particularmente hácia el lado del Cuerno de oro, en donde se distinguen mas notablemente las siete colinas, un aspecto magnífico y pintoresco por sus numerosos jardines, mezquitas, palacios y torres; pero el interior de la ciudad es bastante miserable; las calles tortuosas, estrechas y sucias, aun cuando en estos últimos tiempos se han hecho algunas mejoras. Los edificios y monumentos mas notables son el antiguo y nuevo serrallo (palacios imperiales); la iglesia que fué de Santa Sofía, convertida ahora en mezquita; las mezquitas de Mahmud, Soliman, Achmed, Selim, Bajazid, Osman, y la pequeña iglesia de Santa Sofía; los dos obeliscos del antiguo Hipódromo; la mayor plaza pública de Constantipla, denominada por los turcos Atmeidan; el castillo de las siete torres, que servia en otro tiempo de morada á los embajadores y plenipotenciarios de las naciones estranjeras, siempre que la Turquía se hallaba en guerra con estas, para libertarlos ante el furor del populacho. Ahora sirve de depósito de pertrechos de guerra de todas clases. Pertenecen asimismo todavía á la parte monumental los dos acueductos construidos por los emperadores Valente y Justiniano, varias grandes cisternas, entre ellas la perfectamente conservada cisterna basílica, con 336 columnas de granito, y la de Pilóxeno con 224 columnas de mármol: finalmente, los restos del palacio imperial bizantino, Magnaura. De las numerosas columnas monumentales de la antigua Constantinopla, existen todavia la del gran Constantino, conocida con el nombre de Columna quemada; la de Teodosio en el jardin del serrallo, y la de Marcia. En el arrabal Cassim-baja, se halla el palacio del Capudan-baja, y el grande arsenal con sus almacenes y astilleros. El arrabal de Galata, cuartel ó residencia de los comerciantes europeos, y puerto de depósito, encierra muchos almacenes, bazares y casas sólidamente construidas. Aquí se halla tambien el hermoso faro, desde el cual se disfrutan unas vistas dilatadísimas sobre el pais y el mar. Con los arrabales Cassim-baja y Galata se halla Constantinopla puesta en comunicacion, mediante tres puentes de barcas. En el Bósforo se halla situado Top-Khana con la maestranza imperial, una hermosa mezquita, construida por Mahumud II, y una bonita fuente. Sobre la montaña, á retaguardia de estos arrabales, se halla Pera, cuartel de los embajadores con sus magníficos palacios. Aquí se encuentra reunida la elegancia del Occidente, se halla un teatro de ópera italiana, grandiosas y cómodas fondas, y riquísimos almacenes de todas clases. En Pera viven además francos, griegos y armenios. Al otro lado del Bósforo se halla Sentari, y delante del mismo y en medio del Bósforo, está situada sobre un peñon la torre de Leandro, erigida en 1143 por Manuel de Commeno, con objeto de poder cerrar con cadena el Bósforo y el Cuerno de oro. En Eyub, habitado solamente por turcos, hállase la tumba del Porta-Estandarte del profeta, y una mezquita, en la cual se ciñe á todos los nuevos sultanes á su advenimiento al poder la espada de Osman, ceremonia que en la Turquía hace las veces de la coronacion. En esta mezquita se guarda asimismo el estandarte del profeta, en idioma turco Sandschak-Scherif, la joya mas preciosa del imperio. Sobre el Bósforo se encuentran además los arrabales Dolmabaglischa y Tocheragan con magníficos palacios del Sultan.

El número total de casas en Constantinopla asciende á 90,000 y el de sus habitantes á 800,000, de los cuales solo una mitad profesa el islamismo. Se cuentan sobre trescientas mezquitas, catorce iglesias griegas, una capilla ruso-griega, tres iglesias armenias, nueve templos católicos con dos capillas y seis conventos, una feligresía inglesa, protestante y escocesa, con sus capillas y un grande número de sinagogas de judios. Tiene Constantinopla en establecimientos de instruccion pública: trescientas escuelas ó seminarios, en los cuales reciben su instruccion los Ulemas, que componen luego la corporacion de doctores de la religion y de la legislacion; trescientas noventa y seis escuelas elementales, una escuela de marina, una academia, en la cual se enseñan las asignaturas de astronomía, las correspondientes á las ciencias de Ingenieros y de Artillería, una academia de ciencias, un colegio de Medicina, un gimnasio griego, y una escuela Veterinaria: asimismo se está construyendo el edificio para una universidad. Los establecimientos de beneficencia son tambien bastante numerosos, sobre todo los de los Imarets, en donde se reparte sopa económica todos los dias. Los establecimientos de los franceses consisten en una *societá artigiana di pietá* para el socorro de los artistas, dos hospitales alemanes, uno inglés, uno francés y otro austriaco, en los cuales los pobres naturales de aquellos paises son asistidos gratuitamente y con mucho esmero.

Constantinopla tiene cuarenta bibliotecas públicas, entre las cuales hay trece turcas: encuéntranse asimismo tres imprentas nacionales y estranjeras, en las cuales se imprimen dos periódicos turcos, uno francés, uno griego, uno armenio, uno búlgaro y varios italianos. El número de baños públicos sube á tres mil. Los cuarteles y grandes cuerpos de guardia, los bazares, las caravaneras, almacenes, cafés, fondas, etc., etc., son tambien bastante numerosas.

LA PROVINCIA DE ERIVAN.

ARMENIA RUSA.

Cercado de magníficas montañas, rico por naturaleza, y pais de tradiciones, el hermoso valle de Erivan ocupa el primer lugar en la Armenia rusa. Inagotable estudio ofrecen á los esploradores de la antigüedad estas llanuras, á que bajaron Noé y sus hijos desde la cima del Ararat, segun nos cuentan los libros sagrados de los Hebréos. Aquella fué pues la cuna del renacimiento del género humano; y hasta paraiso donde pasaron sus dias Adan y Evan, si hemos de creer la version de los Armenios y Georgianos. Pero sin remontarnos ahora á tan lejanas edades, nos limitaremos á describir el valle de Erivan tal cual se conoce hoy dia.

Situado este pais entre el 19° y el 22° de longitud, y los 39° y 41° de latitud, confina en el Norte con los distritos de Shouragheli, Kassat, Bambahi, Schomuchadili y Elipsabelpol: en el Este con el rio Arca-tchaî, el cual separa la provincia de Erivan de la de Nahitchevan: en el Sur, corre el rio Araxes, bordeando las fronteras de Persia, y el Bajalato de Bayazid. El Arpa-thaî la da límites en el Oeste, y la sepera del Bajalato de Kaas.

Desde la frontera de Bambahi hasta la del mediodia tiene 120 verstas de 25 cada grado de estension, y 125 verstas del Este al Oeste. Estiéndese por lo largo de la frontera septentrional una cordillera dividida en dos líneas que nacen en Occidente y corren hácia Oriente en progresivo declive. A cinco verstas de la cordillera septentrional se despliega una llanura hácia el Sudoeste, mas abajo del lago Giouk-tchai. Dos ramas forma esta llanura, prolongada la una hácia el Norte, costeando la orilla del lago hasta el rio Zunga; y estendida la otra hácia el Mediodía hasta la embocadura del gran Arpan-chai, en el Araxes. Desde este punto, en la frontera occidental, se levantan los montes de Ararat con otros separados de los que empiezan la cordillera septentrional por una llanura de solo cinco verstas.

El largo Giouk-tchaî está en su parte septentrional rodeado de altas montañas. Encantador es el espectáculo que á la vista ofrece aquella imponente masa de agua cristalina é inmóvil como el hielo, y sembrada de isletas. Sin embargo, aseguran los turcos que no son sanas sus aguas, y para nada las usan.

En uno de estos islotes existe el monasterio de Sonauhe, célebre por sus milagros y peregrinaciones de los fieles. Lo esterior del edificio es de arquitectura dórica cargada de adornos de pesado gusto, como el que reinaba en Oriente en tiempo de los emperadores de Bizancio y de los primeros Sultanes de Osmanlis. Las pinturas y adornos de su interior pertenecen á la escuela griega: brillan en él por todos lados el oro y plata con profusion tal, que deslumbra; pero en medio de tanta ostentacion y riqueza, la imaginacion queda fria y no encuentra objeto alguno que la conmueva. Mas que su pompa vana, interesa el celo con que socorren á la humanidad sus piadosos habitantes, quienes por otro lado se enriquecen con las ofrendas de los devotos viajeros. Todos aquellos monjes hospitalarios conocen la botánica medicinal, y se consagran al cuidado de los enfermos pasantes. Derrámase parte de ellos por la Armenia, socorriendo do quiera al desgraciado; mientras los demás en el convento prestan alivio á los que buscan hospitalidad. Pobres y ricos se admiten sin distincion y sin pago alguno, en una enfermería comun. Llega á tanto su espíritu de caridad, que á todas horas tienen mesa puesta con abundantes alimentos para los peregrinos y viajeros, y nunca los despiden sin darles algunas provisiones. Por esta causa bien merecen la veneracion con que se les mira, y nada estraño es que les crea dotados de santidad la poblacion cristiana de sus alrededores, y tomen las curas que hacen por milagros del Señor. El monasterio de Sonauha es en suma en el oriente cristiano lo que la Meca y Medina en el oriente musulman.

La Rusia, después de haberse incorporado la provincia de Erivan, dejó á sus habitantes sus mismas costumbres é instituciones, y por esta razon no hay allí servidumbre. Los nobles y descendientes de los jefes que forman la clase privilegiada de la Armenia, son iguales en privilegios á la nobleza rusa. Abiertos tienen los empleos, abiertas las universidades, la corte, la carrera militar y la civil. Sus arrendadores y moradores estan con poca diferencia al nivel de los vecinos libres de Rusia, que no pertenecen á los señores ni á la corona, pagan su capitacion, y dan su contingente para el servicio de las armas. Sus poblaciones nómadas son enteramente libres, y solo pagan al gobierno un corto tributo en dinero ó en ganado. Dan además su contingente para cuerpos francos, como los Kirglisios, Calmucos, y otros nómadas de Rusia. Pertenece entre ellos el derecho de administrar justicia á magistrados elegidos por sus conciudadanos, y componen sus tribunales el jefe y los mas ancianos de la tribu.

Toléranse en Erivan todas las religiones. Los Armenios, cuyo rito difiere en algunos puntos del de la iglesia rusa, practican sin obstáculo su culto; pero, lo mismo que á los católicos, se les obliga á tener sus delegados cerca del consistorio de la metrópoli religiosa de toda la Rusia. Solo la administracion ha sufrido un pequeño cambio después de la incorporacion de esta provincia, porque la han puesto en armonía con la del imperio, y sus empleados son de nacimiento rusos.

El Khanat de Erivan se divide en siete distritos: Kirk-Boulak, cuya cabeza de partido es Erivan, al mismo tiempo que la capital de la provincia; Harny-Bazar, Tcharonr, con la fortaleza Euhidga; Dara-tchitchak, Korny-Bazar Sardar-Abad con la fortaleza de su nombre, y por último Darmalia.

(*Concluirá.*)

NECROLOGIA.

Todos los periódicos han públicado la noticia del fallecimiento del señor D. Alvaro Florez Estrada, senador del reino, en los términos que la acabábamos de recibir en aquel momento. Aunque no podamos todavia estender como quisiéramos una reseña biográfica de este sábio, cuya reputacion científica igualó á la que alcanzaron sus virtudes y civismo, consagraremos á lo menos á su memoria algunas líneas, siquiera no sean las que su indisputable mérito exige, para dar á nuestros lectores una muestra de los deseos que nos animan como asturianos y como periodistas, ínterin conseguimos los datos que para un artículo mas estenso tenemos pedidos.

El señor Florez Estrada, acometido desde muy atrás de padecimientos de gota, sucumbió al fin en uno de sus accesos el 16 del corriente y hora de las dos de la tarde á los 89 años de edad, en el palacio de Miraflores, situado en la parroquia de Noreña. Hasta el momento de espirar conservó enteramente libre el ejercicio de sus facultades intelectuales, y hasta ese momento

2009 Ministerio de Cultura

tambien procuró aplicarlo al bien de sus semejantes. El dia que precedió al de su fallecimiento se ocupó en coordinar apuntes para las correcciones de su gran obra de *Economía Política*, cuya octava edicion preparaba con el mayor esmero, habiendo querido la suerte que concluyese el trabajo de correccion casi á la hora misma en que concluia el curso de su vida. Sosegado y hasta con rostro plácido y afable, estuvo conversando con cuantos se acercaban á su lecho, sin embargo de estar perfectamente penetrado que para él era llegado el postrer instante, y que se le abrian las puertas de la eternidad. Pocos dias antes, empapado en la idea de que se hallaba á la estrecha orilla de la vida, sin dejar de la mano su tarea ordinaria se entretuvo en escribir, parte de su mismo puño, y parte auxiliado por el ayuda de cámara que tenia á su lado, un papel que contenia las reflexiones que en tales momentos ocupan la mente del filósofo cristiano sobre el término de nuestra existencia establecido por el Supremo Hacedor como remedio de los conflictos que afligen á la mísera humanidad: creciendo después por momentos la intensidad del mal, pidió con humildad y resignacion cristiana los santos sacramentos, que le fuéron administrados por el señor cura de la Carrera, y tranquilo con este acto sublime que pone al hombre en el camino del cielo, exhaló sin turbacion y sin agonías el último suspiro.

Su cuerpo fué sepultado con toda la pompa que permite una poblacion como Noreña, en un dia frio y tempestuoso, en el cementerio de la propia villa, aguardando que la gratitud del pais le prepare mansion mas digna para descanso perpétuo de sus restos mortales, y que se levante algun sencillo recuerdo monumental de sus tareas y sacrificios como ciudadano, como publicista y como hombre que tan distinguidamente figuró en los acontecimientos y vicisitudes por que pasó nuestra patria durante la existencia del varon distinguido que acaba de perder.

En este número estampamos la copia de un cuadro que representa la muerte del jefe de la secta de los anabaptistas, que se formaron en el año de 1525, á consecuencia de la reforma: esta obra escita con justicia en el estranjero la admiracion de todas las personas inteligentes.

Es tan poética, es tan graciosa la escena del baile *Satanella*, consignada en un periódico estranjero, que no hemos podido resistir á la tentacion de reproducirla tambien nosotros, persuadidos de que, ya que nuestros lectores no puedan asistir al teatro en que se representa, verán con gusto un cuadro tan encantador.

MI PRIMER VUELO A LA CORTE,

ó

AVENTURAS DE UN POLLO DE ALDEA.

NOVELA

POR DON FIDEL GARCIA LOMAS.

(Continuacion.)

—Detúvose el ministro, miró á lo alto en menos de un segundo, y...

—Ah! sí! esclamó, mi amigo D. Pedro, y me alargó la mano cambiando en placentera la espresion, antes poco menos que airada, de su rostro. ¿Y cómo está mi amigo? ¿Pero á qué trae Vd. carta? Vd. no la necesita; el nombre de su padre y mi íntimo amigo es para mí bastante, la mejor recomendacion. Pase Vd., pase Vd., y entramos juntos á su despacho, no sin dirigir yo una mirada altiva á los porteros que cruzaron entre sí otra de asombro.

No he visto persona mas amable que el ministro.

Me hizo sentar á su lado. Me preguntó mi deseo. Me prometió satisfacerle pronto y á mi gusto. Me habló de su buena amistad con mi padre y de sus muchas ocupaciones. Todo esto en pocos instantes. Sí, decia, estoy tratando de un arreglo, y le traeré á Vd. aquí á la secretaría, cerca de mí. Amigo, estoy tan ocupado! La vida de ministro es un contínuo sacrificio.

Pobre señor! dije entre mí, casi da lástima verle: y qué bueno es!

Me levanté para marchar; tocó la campanilla, y se presentó el portero número primero; dióme la mano el ministro nuevamente: descuide en mí, me dijo al marchar: hícele una cortesía de corazon; encargó al portero que me acompañase, previniéndole que para mí estaba su despacho abierto siempre; sentóse, y me salí derretido casi con tanta bondad. Creia con la mejor buena fé cuanto me habia dicho y prometido.

El portero me acompañó hasta la puerta, haciendo un acto de verdadera contricion, dándose golpes de pecho, y pidiéndome mil perdones. Lo propio hicieron los otros tres. Me indignó tanta bajeza, y hube de llamarlos CANALLA! Pero un impulso generoso me movió á saludarlos con dulzura. Tenia veinte años.

Salí á la calle muy satisfecho, con ánimo de escribir á mi padre. A lo menos por este lado estoy seguro, me decia. Y ya que mi corazon padezca, daré gusto á mis padres cumpliendo sus deseos.

Vamos ahora á ver al marqués del Rio.

Pregunté dónde vivia. Era muy conocido por haber desempeñado cargos importantes. Precisamente, me dijo un informante, acaban de darle una mision importante para el estranjero, aunque ignoro si habrá salido de Madrid. Vivia en la calle de Hortaleza; pero ahora vive en la de Fuencarral, etc.

Segun supe luego, era este señor marqués de la última hornada. Antes habia sido funcionario público. Antes de esto diputado de todas las mayorías, y antes de ser diputado cualquier cosa.

Pero vamos á su casa.

Entré en un gran patio y pregunté al portero.

—El Excmo. señor marqués de Rompelanzas ha salido de Madrid hace dos dias, me contestó.

—No es mi interés, le dije, verle personalmente. Veré á su familia si es que está en Madrid.

—Sí señor, estan. Ahí en ese cuarto bajo. Llame Vd., y pregunte por la señora hermana de S. E.

Hícelo así al galoneado lacayo que salió á abrirme.

—Está, caballero: abrió la puerta, y «pase Vd.,» me dijo.

Dentro ya. ¿Tiene Vd. la bondad de decirme su gracia?

—Sí señor, le contesté. Me llamo... pero mejor será que pase Vd. esta carta á la señora.

Entró el lacayo, y yo me quedé sentado en el pasillo.

A poco rato volvió á salir.

—Caballero, me dijo, suplico á Vd. de parte de la señora que me siga. Fuí con él, y me introdujo en una gran sala. Sírvase Vd. tomar asiento; luego saldrá la señora. Me tendí en una butaca, y después de haberme saludado salió el lacayo y quedé solo.

Miré pasmado el gran lujo de aquella habitacion, desde el suelo al cielo. Ricas alfombras, butacas magníficas, muchos cuadros y hermosas arañas. No obstante, visto en conjunto, parecióme mucho lujo y poco gusto: gran riqueza, sin elegancia.

A los pocos minutos salió por la puerta del costado una señora. Púseme en pié y me quedé con el cuerpo echado hácia adelante y con la palabra de saludo en la boca.

Era que la señora se habia detenido al dintel de la puerta, y después de mirarme habia vuelto la vista y el cuerpo atrás.

Así estuvimos unos instantes. La señora traia una perrita en los brazos. Ignoraba yo la causa de su detencion, y sorprendióme mucho mas sin saber á qué atribuirlo cuando la oí decir:

—Ven, Sara, y tú, Velinton. Vamos, seguidme. Aquí, Sara! Admirábame del caso mas cada vez, y estaba en curiosidad por ver entrar á aquellos dos personajes de nombre tan raro.

Por fin, con grande estrañeza mia, ví que se llegaron á la señora haciéndola mil monaditas otros dos perritos.

—Vamos, pícaros! dijo ella, y entrando de lleno en la sala con sus tres perros, cerró la puerta.

Tiempo era de que cesase esta escena y mi admiracion.

—Caballerito, me dijo, haciéndome seña para que me sentase, aunque no tengo el gusto de conocerle, téngole muy grande en recibir á un hijo de un íntimo amigo de mi hermano político, que ha salido de Madrid con una importante mision, pero que prevenido de la llegada de Vd. por carta del padre, nos le dejó muy recomendado. Está Vd. pues en su casa.

—El señor marqués, dije yo haciendo una cortesía, es muy bueno, y Vd., señora, muy amable.

—Ay, caballero! yo soy muy nerviosa. Por eso fumo. ¿Usted fuma, caballerito? Sacó un cigarro, encendió una cerilla, y se puso á fumar.

Esta entrada y esta salida me dejaron cortado. Entre tanto, y para colmo de mi embarazo, Sara y Velinton me habian tomado por sitio de diversion. Y dando saltitos y haciendo figuras se me habian subido á la rodilla. Sudaba ya.

Antes de continuar diré dos palabras de doña Lorenza (era el nombre de esta señora).

Esta señora era gorda: tendria sus cincuenta años; un hermoso bigote gris, tres perritos para recreo; fumaba, y era nerviosa.

—Sí, caballerito, prosiguió echando humo por boca y narices, soy muy nerviosa, y por esto he tenido siempre horror al matrimonio. Es decir, al matrimonio en sí, al lazo indisoluble. Por lo demás, soy mujer y tengo corazon.

—Es claro, contesté yo sin saber lo que decia.

—Ah! conque es Vd. de mis ideas? Me alegro; ya simpatizamos sin mas.

—Muchas gracias, añadí, marchando de pasmo en pasmo y de necedad en necedad.

Y los perritos seguian erre que erre por subírseme á la cabeza. Sara, que sin duda era hembra y por eso mas atrevida, llegaba ya al cuello dando gruñiditos y arañándome.

—Ha visto Vd. qué malos? dijo doña Lorenza con el acento de una madre á un niño travieso; pero son muy cariñosos. Vamos, Sara, da un besito á ese caballero, añadió... cuando se me habia figurado que iba á mandarlos bajar!

Este golpe me puso colorado de indignacion. Tentaciones me dieron de coger á Sara por las patitas y estrellarla contra la pared, arrojar á Velinton á los hocicos de la señora, y marcharme sin decir una palabra. Pero me contuve, porque doña Lorenza, aunque tan estrambótica, estaba conmigo mas amable cada vez.

Mas amable cada vez en su conversacion desenvuelta, que efecto de mi aturdimiento, sostenia yo con mis necedades.

Así es que doña Lorenza iba por grados animándose en la conversacion, y no sé cuál hubiera sido el término, á no habernos felizmente interrumpido los pasos de una persona próxima á la puerta.

Abrióse esta, y apareció una mujer.

Verla, dar un chillido, tratar de levantarme, quedar en cuclillas, caérseme el corbatin, y ahullar los perros, fueron cosas instantáneas.

Era mi bella desconocida, quien, efecto de la revolucion producida por su presencia, se quedó un momento detenida en la puerta, semejando á mis ojos una aparicion celestial. ¡¡Qué sorpresa!!

CAPITULO VI.

DE CÓMO UNA TIA NERVIOSA DEBE TENER UNA SOBRINA ROMÁNTICA.

Y no era para menos! Yo, que la creia perdida para siempre!... Presentóse pues mas que nunca deslumbradora, bella como jamás. Entró en la sala mordiéndose un poco el labio inferior al dirigirme una sonrisa y una cortesía. Siéntese Vd., me dijo al pasar junto á mí con una amabilidad, y una voz... ¡pero que voz! Me hizo estremecer con frio estremecimiento.—Sentóse á mi lado y me miró risueña, mientras la tia nos echaba una ojeada de mala voluntad, y á mí sobre todo; pero apenas reparé. Estaba estático, y creí en el magnetismo á puño cerrado.

—Este caballero será el señor don Antonio Benitez, añadió, sin apartar de mí sus ojos, ni perder la sonrisa, cuya tenacidad comprendí luego.

—Sí, estoy bueno... Sí señora.... añadí confuso y torpe, yo soy: gracias... servidor de Vd... y bajé los ojos.

No podia resistir la mirada de los suyos. Figúrate, amigo, una mirada con unos ojos de un azul oscuro en continua movilidad. Azules y negros eran sus ojos, tierna y enérgica su mirada, morena ligeramente su tez, negros sus cabellos, sus cejas y pestañas; en todo lo demás hermosa; y yo muy enamorado. Mientras hablaba, entreteníase arreglando los pliegues del vestido con una mano... hermosa mano!...

Hallábame abismado en dulce arrobamiento.

La tia seguia feroche, sin hablar y con el cigarro apagado. Qué diferencia entre tia y sobrina!

Hasta los perrillos parecia que respetaban mi éxtasis. Estaban entretenidos jugando bajo las butacas. ¡Y podian estarlo..! ¡infames!

Tal era nuestra situacion.

—¿Hace mucho calor, D. Antonio? me preguntó Teodorinda (era su nombre; nombre que yo creí hermosísimo, con su sabor histórico-poético-romántico). Y seguia mirándome al cuello, con aquella sonrisa que ya empezaba á inquietarme.

—Sí señora, respondí: es decir, calor no hace.

Como se ve, yo estaba para barbarizar.

—Quietos, quietos! dijo á este punto Teodorinda para contener á Sara y Velinton que disputaban á sus piés alzándola un poco el vestido.

Hubiéralos yo aplastado de la mejor gana, porque no cesaban.

—Quieta, Sara! volvió á decir con imperiosa voz Teodorinda.

—Trátalos con mas dulzura, dijo doña Lorenza con mucha aspereza.

—¿Pero qué quieres, tia? replicó la jóven, si son tan inquietos.... y demasiado hostigada ya, despidiólos á un lado suavemente con el pié.

Al ver esto la tia hizo un gesto de horrible disgusto.

Yo los hubiera descuartizado. Pero cuál fué mi asombro, mi indignacion y mi rabia, al ver que estaban jugando con mi corbata, y yo por consiguiente sin ella! Con esto me espliqué lo de la sonrisa y el calor. Estaba furioso!....

—¡Mi corbata! dije: y la arrebaté encendido en cólera.

—Toma, dijo Teodorinda, pues no habia reparado que estuviera Vd. sin ella!

Aunque conocí que todo era tarde, dirigíle una mirada dándola gracias, y haciendo un cuarto de conversion con los ojos, lancé otra como un rayo sobre la tia. Era una declaracion de guerra y odio. Aceptóla ella por mi mal.

—Tia, voy á llamar para que saquen los perros, dijo Teodorinda.

—Yo los llevaré, dijo ella, pues tanto os incomodan.

—Hará Vd. bien; dije yo sin saber lo que decia, y con la corbata en la mano sin pensarlo.

No quiso estar mas la tia después de esta perdigonada. Salió pues con los tres perros, y yo quedé con mi ángel.

Estábamos solos; la miré; me miró; bajé los ojos, y entonces me ví con la corbata aun en la mano. La rabia me dió valor.

—Señorita, dije, perdone Vd. que me vea en necesidad de ponerme la corbata en su presencia. La perra de su tia (y recalqué estas palabras), muy mal enseñada, subióseme al cuello, y enredando sin duda, hizo que aflojado el lazo cayese mi corbata.

—Siento, dijo Teodorinda, esa contrariedad. Mi tia es muy rara, caballero.

—Y Vd. muy bella, me apresuré á contestar, y me quedé muerto, pensando en la osadía.

—Muchas gracias, D. Antonio, me dijo ella sin cortarse, pero cortándome á mí del todo nuevamente.

Observé en efecto que aquella mujer me dominaba. A medida que mi timidez crecia, era mayor su desenvoltura. Trataba de tú á su tia; me miraba de frente y con firmeza; hablaba de prisa con el mayor descaro. La observacion de estas cualidades, que en otro caso me hubiera chocado por impropias en mi concepto de una jóven modestamente educada, atribuíalas yo á nuevas gracias de Teodorinda, figurándomela distinta y superior en esto á las demás mujeres. Eralo en verdad, como lo es la mujer de moda. Nunca ví formas mas delicadas, ni pensamientos mas varoniles en una mujer. Era para mí el contraste mas declarado: y no habia visto nada. Creo, habiéndolo pensado con calma, que todo es hijo del deseo de sobresalir, dominante en la mujer.

Quede sentado que me dominaba con pleno dominio.

Conocíalo yo; pero era tan dulce aquella dominacion! ¡Ay! pronto me convenció de que la tiranía, bajo cualquier forma, es odiosa por necesidad.

Pero prosigamos.

—¿Le gusta á Vd. la corte? me preguntó.

—Sí... señora: no la he visto bien todavía.

—Y qué tal es el país de Vd.?

—Bueno, muy bueno... pero mejor es Madrid, añadí con galantería.

—¿Hay muchas señoritas?

—Muchas (esto es mentira).

—¿Serán muy bellas?

—No señora, son feas casi todas; muy feas (nueva galantería á mi juicio).

—¿Y qué hacia Vd. por su pueblo? ¿en que se divertia Vd.? ¿Daban bailes?

—De tarde en tarde, señorita. Yo generalmente estaba, cuando no en casa, cazando por aquellas montañas. Es país de mucha caza aquel.

—Ay! pues me gustaria mucho!

—¿De veras?

—Sí señor, mucho. Yo soy aficionadísima á la caza.

—Pero observe Vd., señorita, que no todas son palomas. Hay allí muchas fieras.

—Pues mejor.

—Hay animales dañinos.

—Mucho mejor.

—Hay lobos...

—Mejor que mejor.

—Hay osos...

—¿Osos? ¡Qué hermosura!

Mi admiracion llegó á su colmo. No podia creerlo.

—Señorita, la dije, ¿se atrevería Vd. á cazar, á cazar (entiendes?) en un monte donde hubiera esa clase de fieras?

—¿Pues no?

—¿Y si encontrara Vd. á un lobo ó un oso cara á cara?

—Seria una dicha para mí, D. Antonio.

—¿Y el peligro?

—Una emocion.

—Y tanto!

—Pues eso me gusta, y no la monotonía de esta vida cortesana. Gustárame, sí, ver la naturaleza con toda su magnificencia; y aquí todo es artificial.

2009 Ministerio de Cultura

—Pero y el peligro? y el peligro?

—Pues en el peligro está lo grande. Sí, prosiguió; en mis viajes lo recuerdo. Cuando iba por tierra, hubiera deseado que volcase la diligencia á media noche, y en un lugar solitario. Embarcada, hubiera querido correr una tempestad, y á ser posible, un naufragio. Esto es mas poético. El mugir de las olas!... El temeroso zumbido de los vientos!... El estridor del buque al desarbolarse!... El siniestro resplandor de los relámpagos!... Y los confusos gemidos de tantas agonías á un tiempo!... Ah!... Confiese Vd., señor D. Antonio, que este seria un grandioso espectáculo!!...

—¿Pero y si Vd. se ahogaba? repliqué yo, medio ahogado ya.

Apenas pronuncié esta frase, calmóse su agitacion, aquietáronse sus estraviados ojos; fijóse en mí serena su antes encendida vista, y con voz lánguida y dulce, como el sonido de un arpa, cuya vibracion se apaga...

—¡Es tan poca cosa la vida! me contestó.

Yo me quedé frio. Es mucha mujer esta! me dije. Aquel carácter superior me fascinó.

—Y en nada he visto cumplidos mis deseos, continuó. Venia en cierta ocasion de Roma con mi padre, y llegábamos á Terracina. A corta distancia de esta ciudad hay un sitio llamado los Pantanos de Italia, morada perpétua de una partida de bandoleros disciplinada. Llamábase Colconti su capitan, hombre feroz. Nosotros debiamos atravesar aquellos sitios para la continuacion de nuestro viaje, y acababan de contarnos que aquel jefe de bandidos habia mandado el dia anterior en una caja á un rico viajero inglés la ensangrentada cabeza de su esposa, porque, fiado este en la policía de Terracina, habia dejado correr, sin asistir á la cita, la hora señalada al efecto por Colconti, quien le habia puesto en la alternativa de perder veinte mil piastras ó la cabeza de su señora. Alarmóse mi padre con la noticia; pero como le era indispensable seguir el viaje, resolvió que me quedase yo en Terracina hasta mejor ocasion. Resistíme á esto. No habrá peligro ahora, le dije, puesto que la policía debe estar persiguiéndolos. Además quiero, caso de haberle, que le partamos. No: no os abandonré. Tales fuéron mis instancias, que se decidió mi padre á que continuáramos juntos. Partimos: yo estaba conmovida de esperanza: llegábamos al sitio del mayor peligro, y mi corazon palpitaba con fuerza. Deseaba ardientemente que nos sorprendiesen los bandidos; conocer á su tremendo capitan; verle, hablarle; creo que me hubiera interesado su persona. Pero nada; desgraciadamente, nada. No sentimos otro ruido que el de nuestro coche, y pasamos aquella noche en la mas prosáica tranquilidad. ¿No es esto, concluyó, una verdadera desgracia?

Yo no podia mas. ¡Quejarse una señorita de no haber caido en un peligro, cuya sola inminencia recitada me habia conmovido! Era la primera vez que oia lenguaje tan estraordinario, hablado por la mujer, para mí tambien mas estraordinaria.

Entreguéme por tanto á discrecion (bien lo conoció ella), despojándome, como si dijera, de la poca personalidad propia que me quedaba.

A renglon seguido dije una necedad, pues éralo y grande contrariar los gustos de la mujer á cuya simpatía aspiraba. ¡Y qué gustos, eh? tan prominentes! Pero yo, ni veia, ni pensaba, ni era hombre ya siquiera, pues creí haber perdido, bajo la influencia de aquella mujer, hasta mi figura corporal.

—Pues á mí no me gusta la vida tan agitada, dije con el acento mas linfático (perdónese el adjetivo) de todos los acentos.

—No crea Vd., replicó ella vivamente, que yo soy esclusiva en mis gustos: nada de eso. Me gustaria una vida de movimiento, aventurera, de emociones, peligrosa; pero de no ser así, acomodaríame, y muy mucho tambien, vivir muellemente embriagada en aromas y perfumes, perezosamente reclinada en blandos almohadones: la vida oriental en una palabra. Era un buen salto.

Yo me acordé de mi chaleco, y sentí no haberle traido.

—Por esto, continuó, tengo tantos deseos de ver el Asia.

—¿Es Vd. muy aficionada á viajes? nueva tontería que yo dejé caer.

—Claro está, contestó. Pero hasta en esto he sido desgraciada; he viajado muy poco; solo he recorrido la Francia, la

D. Alvaro Florez Estrada.

Inglaterra, Portugal, Alemania, algo de Rusia, y toda la Italia. Nada he visto de las Américas, nada del Asia, y nada del Africa.

Ya ves, continuó mi amigo, que era imposible resistir mas. ¡Qué mujer, santo cielo! pensaba yo.

Un nuevo personaje que entró en la sala vino á interrumpir nuestra conversacion; digo, la maravillosa conversacion de aquella mujer, porque yo bastante hacia con escuchar. Estaba encantado.

Este personaje era un hombre *sui generis*, y con su venida tomó otro bien distinto giro la conversacion.

CAPÍTULO VII.

QUE NO ES MAS QUE LA CONTINUACION DEL ANTERIOR.

He dicho que el nuevo personaje era un hombre *sui generis*. Efectivamente: desde la aparicion habíame chocado aquella

La niñez.—Alegoría.

facha: resistíaseme mas su conversacion, y concluyó por serme en todo insoportable. Pero vamos por partes.

Revelaba tener una avanzada edad, aunque era indefinible. Habiéndole luego observado mucho, creí que podria llegar á unos sesenta años. Tenia cara redonda, sonrosada, y salvo ligeras arrugas, tersa, aunque deslustrada: su cutis estaba sostenido en aparente frescura con el escesivo número de afeites y precauciones en que ocupaba, á no dudarlo, mucha parte del tiempo. Era en fin uno de esos llamados viejos verdes, cuyos esfuerzos son debilitar las huellas que el tiempo va dejando á su paso por las fisonomías.

Era muy de notar un tupido y magnífico bigote negro; tan negro, que podia competir con el azabache, aunque por el poco brillo semejaba al carbon, y denunciaba su disfraz á favor del mostacho.

Y no llamaba menos la atencion una hermosa cabellera que le caia hasta debajo de la oreja. La cabellera era en verdad muy lustrosa; concluia partida por una imperceptible y recta raya, ahuecada en forma de media caña. Preciosa peluca, con pretensiones de originalidad, bien sostenidas, es cierto, en honor del arte capilar ó peluqueril.

Vestia un sencillo al par que elegante traje: pantalon negro, cayendo airoso sobre una bota charolada; una levita oscura, que aunque abrochada, dejaba ver parte de un chaleco blanco, una camisa bordada, y una corbata negra con lazos largos y sueltos. Llevaba la levita muy ceñida al cuerpo, y por las ligerísimas arrugas que marcaba en la cintura, y por la poca flexibilidad de esta, figuróseme, y creo con seguridad, que llevaba corsé ó cosa parecida. Añádase á todo esto un guante de color claro, muy ajustado, y un junquito de mérito, al parecer, en la mano izquierda, y se tendrá una idea del traje de este señor tan bien disfrazado, tan cómico, tan elegante y tan pulcro. En cuanto á su carácter, ya nos le revelará él mismo.

Entró en la sala con menudo é inseguro paso, fingiendo una ligereza que los años quitan: púseme yo de pié á su entrada: dirigióse con sonrisa en ristre á Teodorinda, sin saludarme ni reparar en mí siquiera: tendióla su mano, y

—¿Qué tal, marquesa? dijo aparentando franqueza y revelando afectacion, y se sentó, ó mejor, dejóse caer tendido á la larga en la butaca de al lado.

Todo se lo hubiera perdonado á aquel hombre; hubiérale dejado quieto en sus pretensiones juveniles tan mal sostenidas; hubiérale tolerado, y era mucho tolerar, el ningun caso que hizo de mi persona; pero desde que mostró aquel aire tan impertinente, aquella franqueza tan violenta, y sobre todo desde que tuvo la osadía de tender la mano á Teodorinda con tan poco respeto, convertíme en enemigo suyo, é hice propósito de herirle cuando pudiera. Por desgracia no me hallaba yo en tono para echarla de valiente y atrevido en presencia de aquella mujer, cuya influencia sobre mí era tan grande, y cuyas miradas tanto me empequeñecian. No obstante, resolvíme á decir algo, siempre que mis palabras pudieran lastimar á aquel ente tan antipático.

—Ha olvidado Vd. á los amigos, Rico (era su apellido), le dijo Teodorinda.

—¿Por qué lo dice Vd., marquesa?

—Anoche se notó la falta de Vd. en casa del conde, y mucho mas habiendo, como hubo, baile.

—Es verdad; pero me fué imposible asistir, á pesar de mis deseos: no imposible, sino un compromiso...

—¿Femenino?...

—Ah! no tanto, replicó, dándose aire de Tenorio; no tanto; fué masculino y muy masculino. Escuche Vd.: estábamos ayer por la mañana vários *jóvenes*... (y los fué nombrando), los inseparables, en la Puerta del Sol, ocupados en no hacer nada: en esto vemos pasar una pareja misteriosa, en cuanto á la mujer al menos, que iba cubierta con un tupido velo que no podia tapar sus negros ojos, y observamos que con mucho recato, y prévias algunas miradas á todas partes, se escondió en un coche de alquiler.

—Una aventura, dijimos.—Se me figura que conozco á la dama, dijo el hijo del general C.—Pues vamos á seguirlos, contestó Rodriguez, que como buen periodista es hombre decidido.—Vamos, dijimos á coro, y dirigiéndonos á un coche de cuatro asientos, nos instalamos cada cual en el respectivo. —¿A dónde? preguntó el auriga.—Detrás de ese coche, dije yo: partió este, y siguióle el nuestro.

Bajamos por la Carrera de San Gerónimo, cruzamos el Prado, y corrimos á lo largo por junto al Botánico. Apenas habia un alma por aquellos sitios. Paró el primer coche en la puerta de Atocha, y detúvose el nuestro. Asomó la dama su cabeza, y á tal tiempo vióla Rodriguez. Bueno! dijimos: nada temen ya. —¿Si irán al canal? dijo Luis.—En todo caso, contestó Rodriguez, ella recatándose y él jóven, no será con intencion de *suicidarse*.—Es verdad, añadí yo. Sigámoslos. Apostaria que ella es casada, y soltero el jóven.

—Pobre señora! dijo Teodorinda; ¿y á Vds. qué les importaba?

Las mujeres padecen por simpatía, y conociendo su debilidad se defienden mútuamente. Esta reflexion la hice yo mucho después.

—Phis!... nada: ofrecia ser cómico el lance, y, cosa de jóvenes, á ver en qué para, dijimos. ¿No le gusta á Vd. escucharlo?

—Sí.

—Pues entonces justificada está nuestra conducta. Salimos, decia, por la puerta de Atocha; pero en vez de ir hácia el canal, fuése al ferro-carril el coche perseguido, y el nuestro detrás. Llegamos al embarcadero; pidió la pareja asientos de segunda; pedímoslos tambien nosotros. Entraron; los seguimos, y la mujer, mas recelosa al parecer cada vez. Bueno, bueno! decíamos; estos iban hácia el canal, y viendo que los seguiamos hánse venido al ferro-carril, y se irán á Aranjuez para huir de nuestras miradas; pero no hay que perderles la pista. Entraron en el coche minutos antes de que partiese el tren, y nosotros nos pusimos en el mismo departamento. La mujer se colocó en un rincon, sin alzarse el velo, y el jóven púsose á su lado. En la travesía hasta Aranjuez hablarian á lo mas cuatro palabras, y estas *sotto voce*. Nosotros íbamos entusiasmados.

—¡Con el dolor del prójimo! ¡Qué malos corazones! dijo Teodorinda.

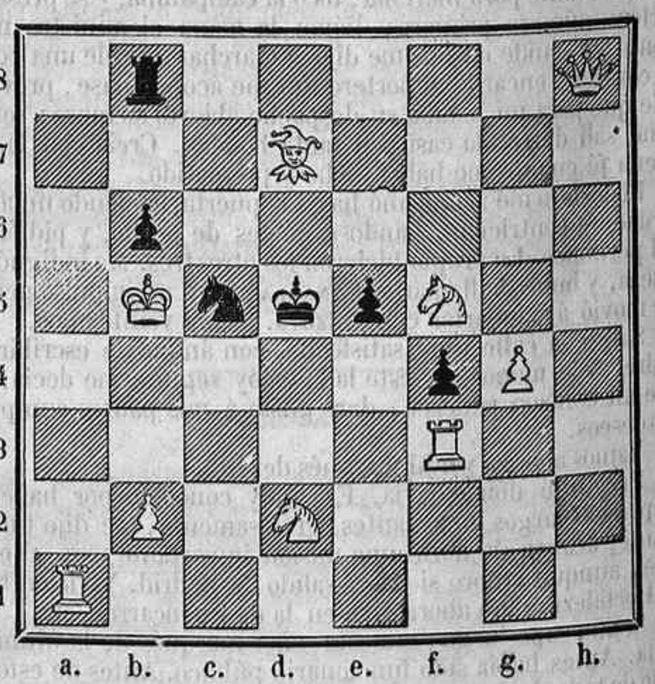
—Oiga Vd., marquesa, el desenlace. En Aranjuez ya, se apearon y nos bajamos tambien. Entraron en el salon de descanso, y nosotros nos detuvimos á esperarlos en un pasillo. Tanto tardaban en salir, que se nos ocurrió la idea de si para burlar nuestra vigilancia habrian pensado volverse de seguida á Madrid.—Nos volveremos con ellos, dijimos; pero casualmente, al pensar en esto, salió la pareja. Continuamos siguiéndola, y tras de ella entramos en una de las fondas.

(*Continuará.*)

PROBLEMA DE AJEDREZ NÚM. 1.

El blanco empieza á jugar y da jaque-mate á la cuarta jugada.

NEGRO.



BLANCO.

(*La solucion en el número próximo.*)

DIRECTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del Semanario Pintoresco y de La Ilustracion, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.

2009 Ministerio de Cultura